

Bianca

Boda en La Toscana

Christina Hollis

Boda en la Toscana

Christina Hollis

Boda en La Toscana (2007)
Título Original: The Italian billionaire's virgin (2006)
Sello / Colección: Bianca 1771
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Antonio Michaeli-Isola y Larissa Alfere-Tiziano

Argumento:

¿Descubriría el malentendido antes de que fuese demasiado tarde?

Cuando descubrió que la condesa Larissa Alfere—Tiziano acababa de heredar un palacio toscano en ruinas, el guapo y despiadado magnate Antonio Michaeli-Isola decidió hacer valer su derecho y hacerse con el palazzo. Y si para ello tenía que seducir y luego abandonar a la bella y mimada condesa... no dudaría en hacerlo. Pero Larissa ocultaba algo. Aunque Antonio creía que no era más que una cazafortunas, en realidad aquella vulnerable e inocente joven tenía que luchar para llegar a fin de mes...

Capítulo 1

EN La Toscana, la gente salía a pasear todas las tardes y Rissa intentaba ocultar su curiosidad mientras el señor Mazzini la guiaba entre los viandantes.

—Supongo que con el conde disfrutaría usted de la passeggiata, condesa. Es el momento del día que los italianos elegimos para salir a tomar el aire —le explicó Mazzini abriéndose paso entre la muchedumbre que deambulaba por la plaza del pueblo.

—Mi marido nunca me trajo a Italia. De hecho,

nunca salimos de Estados Unidos —contestó Rissa intentando ocultar su frustración.

Lo cierto era que tenía muchas cosas de las que resarcirse. En vida de Luigi, el único viaje que habían hecho había sido a Inglaterra, a casa de Rissa, y había sido desastroso. Ahora que podía viajar, las deudas de su difunto marido la tenían prisionera. El estilo de vida tan extravagante de Luigi había dado al traste con la fortuna de los Tiziano y lo único que había heredado Rissa había sido un palacio abandonado hacía mucho tiempo. De momento, solamente lo había visto de lejos. Aquel día, sin embargo, iba a entrar en la propiedad y podría ver cómo estaba lo que quedaba de una de las casas familiares de los Alfere—Tiziano.

Intentando que el señor Mazzini no la agarrara de la mano, Rissa atravesó las enormes verjas que protegían la propiedad. Mientras el hombre buscaba las llaves, Rissa tuvo la extraña sensación de que la estaban observando. Por supuesto, contaba con que los habitantes del pueblo sintieran curiosidad por ella, pero aquello era diferente.

Rissa se giró con una sonrisa que se desvaneció inmediatamente cuando vio que un hombre la estaba mirando desde una mesa de una terraza cercana.

—Buongiorno —lo saludó.

El hombre no contestó. Estaba muy cerca de ella y podría haber contestado sin problema, pero no lo hizo. Iba bien vestido y se podría haber dicho que era guapo si no fuera por su expresión. La estaba observando intensamente, lo que hizo que Rissa notara que se le aceleraba la respiración. No era de extrañar que le hubiera parecido que alguien estaba observándola, pues la intensidad de aquella mirada era sumamente penetrante.

Rissa se estremeció y siguió al señor Mazzini al interior del palacio. Se alegró de que el hombre cerrara las puertas inmediatamente, pero su alivio duró poco porque, al mirar a su alrededor, comprobó que los enormes árboles que habían ido cayendo con el paso del tiempo se habían llevado por delante varios muros del castillo.

Para reparar aquello, iba a necesitar mucho dinero.

Se había casado con Luigi completamente cegada por el amor y aquel amor había ido cambiando durante los años, mientras iba aceptando su secreta tristeza. Un día, aquel hombre de personalidad tan deslumbrante que la había mantenido atrapada como un conejo ante los faros de un coche había terminado su vida, precisamente, en un coche deportivo saliéndose de la carretera a más de ciento ochenta kilómetros por hora.

La muerte de Luigi había sacado a Rissa de su plácida existencia, que transcurría en una especie de trance. Pronto había descubierto que su marido apenas había dejado dinero en sus cuentas y que era la última persona en el mundo que llevaba el apellido Alfere—Tiziano.

Aquello la había hecho sentirse muy responsable y la había hecho decidir que tenía que mantener las apariencias. Por eso tenía que ver aquel misterioso palacio. Se había gastado casi todo el dinero que tenía en el billete para ir a Italia y, nada más poner un pie en aquel país, se había enamorado de él.

Qué pena que aquel palacio en ruinas no fuera a tener heredero. Durante unas cuantas semanas después de la muerte de su marido, la inmensa tristeza de no haber tenido hijos se había apoderado de ella de nuevo.

Aunque su situación económica era bastante mala, cuando AMI Holdings, una potente constructora internacional, le había hecho una oferta muy generosa por el palacio, la había rechazado.

Si la hubiera aceptado, habría podido volver a instalarse en Londres, su ciudad natal, pero se había sentido obligada hacia el apellido de su marido.

Se estaba quedando sin dinero y lo cierto era que había tenido varias veces la tentación de ponerse en contacto con la constructora, pero no lo había hecho por dos motivos: en primer lugar, porque su marido siempre había sido un hombre orgulloso y, en segundo, porque lo que estaba en juego era su herencia y a Rissa le parecía espantosa la idea de ver cómo tiraban abajo aquel precioso palacio para construir pisos de lujo.

Además, pensó que tener una propiedad a su nombre le daría cierta seguridad. Rissa era consciente de que vivir en una casa alquilada había sido una preocupación terrible para la pareja que la había criado. Lo único que ella tenía era su amor y aquel palacio en mitad de la nada.

Su idea era poder sacar adelante el palacio de alguna manera y conseguir llevarse a vivir con ella a sus padres adoptivos.

Para ello, se había concedido a sí misma un plazo de un año. Si para entonces no lo había conseguido, se compraría algo en Inglaterra para compartir con tía Jane y con tío George, que era como llamaba a sus padres adoptivos.

Aquella ruina de casa con aire romántico situada en un lugar de ensueño de las colinas toscanas era su oportunidad de hacer algo bien. Era un lugar maravilloso y no la iba a vender.

Tenía que mejorar lo que el destino le había dado para, así, poderse llevar a vivir con ella a sus padres adoptivos y enterrar los demonios del pasado que la perseguían. No podía rendirse.

Aquel misterio era digno de Sherlock Holmes y a Antonio Michaeli-Isola no le gustaban los rompecabezas.

Mientras le daba vueltas a su café, observaba cómo ligaban los jóvenes italianos. Les resultaba muy fácil. Los chicos y las chicas se miraban bajo el sol y poco más hacía falta. La carencia de dinero era su único obstáculo. A él le pasaba todo lo contrario. Él tenía todo el dinero del mundo y todas las mujeres que quería, pero necesitaba algo más.

Ese algo más era el palacio Tiziano.

Antonio miró hacia las verjas que daban a la plaza y que ocultaban el ansiado objeto de su deseo. No era hombre al que le gustara no conseguir lo que se proponía y en aquella ocasión lo único que había entre el palacio y él era la condesa Alfere—Tiziano.

No la conocía, pero sabía exactamente cómo era. Era exactamente igual que todas aquellas mujeres que habían conseguido llegar a lo más alto de la sociedad casándose con un noble. Todas eran mujeres obsesionadas por los trapos, sin ninguna moral,

vagas y que no nacían más que ligar con el personal masculino a su servicio y tratar mal al femenino.

Lo único que las movía era el dinero y el sexo.

Antonio había supuesto que, al morir Luigi Alfere —Tiziano y al heredar un palacio en ruinas, su mujer lo vendería a toda velocidad y desaparecería a todo correr sobre sus zapatos de Manolo de Blahnik.

Sin embargo, por lo visto, se había equivocado, pues aquella mujer parecía dispuesta a quedarse con la casa, lo que resultaba completamente inexplicable.

Menuda faena. Por lo visto, hacerse con el palacio le iba a costar algo más que dinero.

De repente, vio a un hombre muy bien vestido escoltando a una chica hacia las verjas del palacio. Se tensó. Aquélla tenía que ser la condesa. No era la mujer que él esperaba, la típica bruja de Manhattan, sino una jovencita delgada y guapa que parecía nerviosa.

«Las cosas van bien», pensó Antonio.

Hacerse con el tesoro de los Tiziano iba a resultar más fácil y más placentero de lo que había supuesto.

Cuando volvió al hotel Excelsior de Florencia, a Antonio le estaba esperando un ejemplar del Financial Times. Antes de consultar su correo electrónico, le echó un vistazo y se paró a leer el artículo que hablaba sobre él, con el titular Multimillonario dona dinero para construir un nuevo hospital.

De nuevo, había ciertos datos que no eran exactos sobre él, pero ya estaba acostumbrado. Como de costumbre, decían que su madre era hija de un refugiado y que, en su honor, Antonio utilizaba parte de su apellido de soltera junto con el de su padre, un pescadero de Nápoles.

A diferencia de las revistas, el periódico no decía nada de la belleza de Antonio y de su herencia italiana. Por desgracia, como otras publicaciones, sí hacía mención de su fortuna, algo que a él no le hacía ninguna gracia.

Antonio había crecido en la pobreza y aquello le había enseñado que había que trabajar mucho y confiar en uno mismo. Ahora que las cosas le iban

bien económicamente, le gustaba compartir con los demás y ayudar a la sociedad, pero el gusto que encontraban otras personas en hablar de su vida y de su dinero lo sorprendía siempre.

Su infancia napolitana lo había marcado y le había dejado muy claro que, si quería algo en la vida, lo tenía que hacer él.

Mientras pensaba en lo mucho que le había servido aquella idea en su vida empresarial, Antonio se puso a hojear el periódico y, de repente, la vio.

Sí, se trataba de la mujer que había rechazado en dos ocasiones la oferta de su empresa para comprar el palacio de los Tiziano.

Normalmente, nunca leía la sección de sociedad, pero en aquella ocasión hizo una excepción.

¿Siempre a la última moda?

¿Acaso la condesa Alfere—Tiziano está dilapidando la herencia de su marido? Larissa Alfere—Tiziano está gastando su herencia a toda velocidad. Viuda a consecuencia del accidente de coche que le costó la vida a su marido, la inconsolable Rissa no ha dudado en convertir las propiedades de su marido en dinero líquido en cuanto ha podido.

El artículo iba acompañado por una fotografía de la preciosa mujer a la que Antonio había visto entrando en la propiedad que, por derecho, le pertenecía a él.

Según aquel artículo, Rissa era una mujer egoísta y ambiciosa. Aquello le hizo pensar que haciéndole una tercera oferta por el palacio no iba a conseguir nada. Iba a tener que emplear algún truco, algo más sutil.

Por supuesto, el sexo funcionaría y él estaba dispuesto a darse aquel gusto, pero solamente como medio para descubrir por qué la condesa no había dudado en vender propiedades mucho más lujosas y mejor situadas y no quería desprenderse de aquélla.

En cuanto conociera los motivos, decidiría cuál era la mejor manera de conseguir sus propósitos.

Antonio se arrellanó en la butaca y sonrió.

—Me alegro mucho de conocerla, condesa —le dijo la anciana haciéndole una reverencia.

—Por favor, no haga eso —le dijo Rissa—. Se llama usted Livia, ¿verdad?

El señor Mazzini asintió.

—Livia lleva cuidando de todo esto desde hace mucho tiempo.

El señor Mazzini intentó seguir de largo y comenzar cuanto antes la visita del palacio, pero Rissa estaba interesada en la anciana.

—Gracias, Livia. Supongo que la familia Alfere—Tiziano habrá sabido recompensarla.

—¡Ja! —exclamó la mujer en voz baja.

Aquello le hizo comprender a Rissa que su suegra debía de haber sido tan generosa con el ama de llaves como lo había sido con ella. Ambas eran plebeyas y, como tales, inferiores a la condesa y objeto de su desprecio.

—Vamos, condesa, antes de que se ponga el sol —le indicó el señor Mazzini sacándola del atolladero, pues Rissa no sabía qué contestar.

Tras sonreírle a la anciana, entró en una enorme y cálida cocina en la que en un lateral había encendida una preciosa y gran chimenea antigua. También había pucheros y sartenes de cobre, relucientes, colgados sobre una mesa de madera muy grande.

En aquel momento sonó el teléfono y Rissa vio con alegría que se trataba de su madre adoptiva.

—¡Auntie! —la saludó con regocijo—. Os iba a llamar ahora. ¡Sí, así es, me voy a quedar aquí, en el palacio, a partir de hoy y, en cuanto haya preparado una habitación para ti y para el tío, os podréis venir!

Mazzini hizo una mueca de disgusto y Rissa tuvo la sensación de que había dicho algo inadecuado. Cubriendo el auricular, lo interrogó con los ojos.

—Primero va a tener que venir un arquitecto a mirar los forjados de los suelos y, de momento, solamente hay dos habitaciones habitables, la cocina y un dormitorio —la informó el hombre.

Rissa sintió que se le caía el alma a los pies.

—Espero que os apetezca hacer camping —le dijo a su madre—. Por lo visto, la casa está peor de lo que yo creía, pero el señor Mazzini me ha dicho que cuenta con un terreno de diez hectáreas...

—... de vegetación salvaje y descuidada —añadió el aludido.

—¡Desde luego, tal y como están las cosas, sólo pueden ir a mejor! —le aseguró Rissa a su madre intentando sonar alegre—. La pareja que se ocupó de mi educación hace diez años no salía de casa ni una sola noche —les explicó al señor Mazzini y a Livia tras colgar el teléfono—. Ahorraban hasta el último centavo para pagarme la universidad.

—¿Ha ido usted a la universidad? —se extrañó el señor Mazzini.

—Sí —contestó Rissa—. Estudié Marketing y Publicidad. Cuando terminé la carrera, me fui con un grupo de amigos a viajar durante unos meses antes de ponernos a trabajar. Yo no tenía mucho dinero, así que me tuve que poner a trabajar para poder seguir viajando. Mis amigas se fueron a Los Ángeles y a Las Vegas y yo me quedé trabajando en Nueva York. Un día, el conde pinchó en la autopista 66 y fue a parar a la cafetería en la que yo estaba. Como se suele decir, el resto es historia.

Mazzini y Livia la miraban extrañados y Rissa pensó que se había excedido en sus explicaciones. Luigi siempre le había dicho que no debía mostrarse demasiado amigable con el servicio.

Rissa se dijo que su marido había muerto y que ya no tenía que hacer todo para agradarle, así que echó los hombros hacia atrás, carraspeó y miró a los empleados a los ojos.

—Bueno, todo eso es agua pasada. Ahora, sólo tengo a mi tía Jane y a tío George y este viejo palacio —comentó—. Será mejor que sigamos la visita, señor Mazzini.

Tres horas después, Rissa estaba a solas.

Mazzini se había ido a toda velocidad a Florencia en su Alfa Romeo y Livia se había ido a dormir a su casa, situada en el pueblo.

Se oía una tormenta en la distancia y a Rissa no le hacía ninguna gracia estar sola en la cocina, así que se dirigió al pequeño dormitorio que le habían preparado y que, a juzgar por la pequeña ventana que tenía en lo alto de una pared y por el frío que hacía, debía de haber sido una despensa.

Gracias a Dios, Livia le había puesto una vieja estufa en un rincón. Rissa se metió en la cama, entre las sábanas suaves y limpias con olor a

lavanda.

A pesar de que se encontraba muy a gusto en aquella cama, estuvo varias horas despierta, acostumbrándose a los nuevos ruidos, que eran muchos porque la antigua mansión crujía por todas partes.

Harta de dar vueltas en la cama, encendió la luz y se levantó dispuesta a escuchar la radio que llevaba en la maleta. Sin embargo, cuando se disponía a encenderla, oyó un grito lastimero procedente del jardín.

Se quedó escuchando y el grito volvió a oírse. Rissa se acercó a la puerta que comunicaba con el jardín, la abrió y escudriñó la oscuridad. A pocos metros de ella, vio a un gato de color ámbar con una pata herida.

—Bis, bis... Bis, bis —lo llamó.

El gato no se fiaba, así que Rissa salió y se acercó a él. El animal se hizo una bola y salió corriendo. Rissa lo siguió. A pesar de que el gato corría a tres patas, era más rápido que ella y, en un abrir y cerrar de ojos, lo perdió de vista y se encontró perdida en mitad de un jardín.

No veía absolutamente nada, no sabía hacia dónde iba y pronto se encontró pinchándose con todo tipo de zarzas. Para colmo, pisó mal y cayó al suelo con un tobillo dolorido.

Desde luego, aquella aventura iba de mal en peor. Rissa consiguió ponerse en pie y, con gran dolor, avanzar hacia la casa. Iba caminando con la cabeza baja, concentrada en dónde pisaba.

Al llegar a lo alto de una cuesta que no recordaba haber bajado, levantó la mirada y vio una silueta masculina, alta y fuerte, en la puerta que había dejado abierta.

Capítulo 2

ESTAR sola en el jardín a estas horas de la madrugada puede resultar peligroso, condesa. Rissa cayó de nuevo al suelo a causa del susto e inmediatamente sintió la presencia del extraño a su lado. En aquel momento, oyeron un trueno y Rissa se preguntó qué le daba más miedo, si el desconocido o la tormenta.

—¿Cómo sabe usted quién soy?

—Estamos en un pueblo pequeño —contestó el hombre con voz melodiosa—. Todos sabemos que ha llegado. Los demás esperan que, si se instala usted en el palacio, haya trabajo, pero yo sé que no va a ser así, ¿verdad?

Con el relámpago que llegó a continuación, Rissa vio que la expresión facial de aquel hombre era intensa y ceñuda y lo reconoció inmediatamente.

—Nos hemos visto esta tarde —recordó—. Estaba usted sentado en la plaza, apartado de los demás, mirándome...

Con el siguiente relámpago, vio que el desconocido sonreía satisfecho.

—Exactamente —le dijo—. He vuelto hace poco después de... haber estado fuera mucho tiempo.

—¿Y qué hace en mi jardín? —le espetó Rissa asustada.

—Quería ver si seguía siendo como mi abuela me decía.

Rissa decidió que, aunque lo tenía demasiado cerca, si aquel hombre hubiera querido hacerle algo, ya se lo habría hecho, así que se puso en pie con intención de entrar en casa.

—Pues no creo que pueda ver mucho de noche —le dijo notando que volvía a perder el equilibrio.

El desconocido se apresuró a agarrarla para que no cayera de nuevo al suelo.

—¡Suélteme inmediatamente! —exclamó Rissa intentando zafarse.

—No. Si se ha hecho daño, es mejor que no apoye el pie —contestó el desconocido agarrándola todavía más fuerte—. Será mejor que entre en casa —añadió.

Y, sin esperar la contestación de Rissa, la tomó en brazos y se dirigió a la puerta.

—¡Un momento, un momento! ¡Hay un gato por aquí fuera, está herido y me gustaría encontrarlo! —gritó Rissa.

Pero, para entonces, se había puesto a llover con fuerza y el desconocido no la oía o no quería oírla.

—Ahora salgo a buscarlo, en cuanto usted esté... —dijo al llegar.

Acto seguido, estalló en carcajadas. Al mirar, Rissa vio que el gato estaba tumbado sobre la alfombra, junto a la estufa, lamiéndose la pata herida.

—Es un animal muy listo, condesa —le dijo el desconocido—. Vamos a ver si se ha hecho usted daño —añadió.

Estaban demasiado cerca. Rissa sentía el latido de su corazón a través de su ropa mojada y aquello le hacía sentirse extraña.

—Como verá, estamos en mi dormitorio —le espetó Rissa nerviosa—. Será mejor que vayamos a la cocina.

Hacía mucho tiempo que no se encontraba en brazos de un hombre guapo y mucho más que no se encontraba en brazos de un hombre guapo en su dormitorio.

—Muy bien —contestó el desconocido—. Dado que parece ser que me da usted órdenes, señora condesa, como si creyera que las voy a cumplir como si fuera su lacayo, me voy a presentar. Me llamo Antonio Isola.

Dicho aquello, cruzó el dormitorio y entró en la cocina. Una vez allí, un relámpago le permitió localizar una silla, dejar a Rissa en ella y buscar el interruptor de la luz.

Rissa parpadeó. El hombre que la había rescatado estaba empapado, la ropa llena de agua se le pegaba al cuerpo de manera sensual, marcando sus bíceps y sus pectorales. Al darse cuenta de que el hombre sonreía, pensó que el agua también la había calado a ella e, instintivamente, se cruzó de brazos.

—¿Le importaría traerme la bata, Antonio? —le indicó—. Está encima de la cama.

El desconocido asintió y fue a por ella.

—¿Qué tal está el gato? —le preguntó Rissa cuando volvió con aquella bata tan poco práctica que Luigi le había comprado durante su luna de miel.

Aquélla había sido una época de su vida muy feliz, llena de esperanzas, sueños y expectativas. Ojalá se hubieran cumplido. De haber sido así, aquel palacio que había heredado de Luigi sería ahora de un heredero legítimo y no estaría allí sola.

—Está perfectamente, condesa —contestó Antonio.

Aquel hombre hablaba con un acento inglés muy marcado, lo que no tranquilizó a Rissa en absoluto. De repente, se acordó de su tobillo y comenzó a masajearlo.

—Mueva los dedos —le indicó Antonio colocándose en cuclillas ante ella.

Rissa así lo hizo. Acto seguido, Antonio le tomó el tobillo con delicadeza y fue probando diferentes giros. Aunque el dolor había desaparecido casi por completo, Rissa hizo una mueca.

—No tiene nada roto, pero le van a salir unos buenos moratones, condesa —le indicó Antonio.

En aquel momento, oyeron ruidos en el jardín y Antonio fue a ver. Al abrir la puerta, se encontró con Livia. Nada más entrar, la anciana tomó al gato en brazos y comenzó a regañarlo y a acariciarlo a la vez. Hablaba tan rápido que Rissa no comprendía y Antonio le tradujo.

—Por lo visto, Fabio se ha escapado de su nueva casa y se ha venido aquí. Al escaparse, se ha hecho daño en una pata —le narró—. Livia estaba muy preocupada y por eso ha decidido venir a trabajar más pronto de lo normal, porque sospechaba que estaría aquí.

Aquel comentario hizo que Rissa consultara su reloj de viaje.

—¡Pero si son ya las cinco de la mañana! ¡No he pegado ojo en toda la noche!

—Eso no debería preocuparle a una condesa tan guapa como usted —contestó Antonio sonriendo con desprecio—. Todos sabemos que las mujeres ricas son famosas porque se les da muy bien quedarse todo el día en la cama haciendo el vago, ¿no?

—No seré yo la condesa que haga eso —contestó Rissa con dureza—. Tengo muchas cosas que hacer hoy. Tengo que preparar otra habitación porque parece ser que Livia me ha dado la suya y no pienso permitirlo. Livia, quiero que vuelva usted a vivir aquí. Éste es

su hogar.

La empleada apretó al gato contra su pecho hasta que el animal protestó.

—Por favor, Livia, ¿le importaría prepararle algo de desayunar a Antonio? Por favor, discúlpenme los dos, pero tengo que arreglarme y buscarme otro dormitorio.

Dicho aquello, Rissa le entregó a Antonio una toalla limpia y desapareció. Cuando volvió duchada y vestida, vio que el desayuno, a base de pan, fiambre y zumo de naranja recién exprimido, ya estaba preparado.

De repente, vio que Livia estaba sonriendo, lo que la sorprendió sobremanera. Al seguir su mirada, comprendió por qué.

Antonio se había desnudado por completo, se había puesto la toalla que ella le había entregado a la cintura y estaba sirviéndose un café.

Estaba increíble.

Rissa saludó a ambos y se sentó a la mesa. Mientras untaba mantequilla en una tostada, se fijó en que Antonio tenía un tono de piel dorado precioso. No le fue difícil imaginarse que aquel tono de piel sería el mismo bajo la toalla, lo que hizo que sus hormonas femeninas se revolucionaran.

Rissa sentía que los pezones se le habían endurecido y que el calor se estaba apoderando de su cuerpo.

¿Cómo era posible que su cuerpo reaccionara de aquella manera cuando hacía tanto tiempo que Luigi no mostraba ningún interés en ella? Rissa creía que la pasión había muerto en los primeros días de su matrimonio y ahora descubría que la cercanía de Antonio la excitaba.

El objeto de su deseo le sirvió una taza de café y sirvió otra para Livia, que lo miró asustada y dio un paso atrás.

—Estoy seguro de que a la condesa no le importa —opinó.

Rissa asintió.

—Livia, siéntese y tómese un café. Me gustaría hablar de lo que vamos a hacer hoy —contestó Rissa.

—Me alegro de que se ponga directamente manos a la obra porque, cuanto antes empecemos, antes

tendremos este lugar restaurado.

Rissa miró a Antonio estupefacta.

—¿Tendremos?

Si todo salía como él quería, el palacio de los Tiziano pronto regresaría a sus manos, el propietario por derecho. Por supuesto, la condesa no tenía por qué saberlo. Tenía intención de que para cuando aquello sucediera, para cuando él tomara posesión, ella estuviera muy lejos de allí.

—Habla italiano bastante bien, condesa —comentó.

—Gracias.

—Sí, pero el nivel que tiene no es suficiente como para tratar con los comerciantes y los artesanos. Livia me ha dicho que tanto la casa como el terreno necesitan una buena reforma. Va a necesitar a alguien que tenga experiencia en construcción para que le eche una mano.

—¿Y en quién había pensado usted? —contestó Rissa.

—En mí, por supuesto. Estoy más que cualificado para el puesto.

Rissa no lo dudaba.

—Podría contratarme como jefe de proyecto, condesa.

—No lo conozco de nada... —contestó Rissa con desconfianza—. Además, no sé si podría permitírmelo económicamente...

—Lo que no puede permitirse es que el palacio se venga abajo —insistió Antonio—. Me necesita.

—Tendré que hablar con el señor Mazzini.

Lo cierto era que no se acababa de fiar de Antonio, pero, cuanto antes estuviera reformado el palacio, antes podrían irse a vivir con ella sus padres adoptivos, que era lo que más le apetecía en el mundo en aquellos momentos.

Jane y George se habían hecho cargo de ella desde bebé. Su desproporcionado anhelo de darle lo mejor los había llevado a negarse muchas cosas a sí mismos. Rissa siempre había sido consciente de ello y quería resarcirlos.

Había comenzado a trabajar de camarera con catorce años y, cuando sus padres habían insistido en que fuera a la universidad, le había parecido lo más normal del mundo contribuir a pagar los gastos.

En ello estaba cuando había conocido al que habría de convertirse en su marido. Además de que su relación había sido de cuento de hadas, el conde Luigi Alfere—Tiziano le había parecido un gran partido.

En cuanto lo había visto... lo suyo había sido amor a primera vista. Bueno, por su parte. En el caso de Luigi, había sido una mezcla de deseo y rebelión contra su madre. El amor le había llegado más tarde.

Luigi la había cortejado y encandilado con champán, regalos y noches de placer. Hasta que la llevó a Italia para presentarle a su familia y entregarle el anillo de compromiso no se dio cuenta de que la había engañado.

Antonio se quedó mirándola intensamente y se dio cuenta de que Rissa estaba en otro mundo.

—Soy el hombre perfecto para el trabajo —insistió.

—¿Seguro? Yo quiero que el palacio Tiziano quede impecable, como los que salen en las revistas Harpers & Queen y Country Life. Va a hacer falta tiempo, gusto y mucho dinero. ¿Cómo sé yo que es usted la persona indicada?

Después de hacer frente a las deudas de Luigi, Rissa tenía que tener muchísimo cuidado con el dinero que gastaba, pero no estaba dispuesta a decírselo a Antonio.

—Para demostrarle que para mí también es muy importante que este lugar recupere su esplendor, estoy dispuesto a trabajar codo con codo con usted en el diseño de la reforma y a encargarme de coordinar la obra y lo haré gratis.

Antonio se dijo que no necesitaba dinero y que tener la ocasión de reformar la casa como a él le diera la gana era una gran oportunidad, teniendo en cuenta que pronto sería suya.

Antonio se había puesto en pie y la estaba mirando. Rissa no podía apartar los ojos de aquel cuerpo de lujuria. Antonio sonreía encantado, como invitándola a besarlo porque sabía que era lo que le apetecía hacer.

—Condesa —le dijo sacándola de sus encendidas ensoñaciones—. Por supuesto, será una relación de

trabajo.

—¡Por supuesto! —se apresuró a contestar Rissa poniéndose en pie—. Acepto su generosa oferta, pero le advierto que, en cuanto el palacio haya recuperado su esplendor y lo pueda hipotecar, le pagaré hasta el último penique, así que anote las horas de trabajo que haga.

Antonio no se esperaba algo así, pero decidió no darle demasiada importancia.

—Supongo que mi ropa ya estará lista, ¿no, Livia? —dijo mirando el reloj—. Ahora que estamos solos —añadió cuando la empleada se dirigió a buscarla a la secadora—, me gustaría decirle una cosa.

—¿Sí? —contestó Rissa.

Antonio se inclinó y plantó ambas manos sobre la mesa.

—No tiene por qué desnudar con los ojos a un hombre que sólo lleva una toalla a la cintura.

—¿Cómo? —exclamó Rissa.

Livia eligió aquel momento para volver a la cocina y, al escuchar el comentario de Antonio, estalló en carcajadas.

—¿Se cree que no me he dado cuenta de cómo me miraba? —insistió él.

—¡De eso, nada! —se defendió Rissa dando un paso atrás.

—A todas las inglesas les gustan nuestros hombres —comentó Livia chasqueando la lengua—. ¡Y Antonio está muy bien, señora!

—¿Lo ve? Hasta Livia se ha dado cuenta —sonrió Antonio—. Todos sabemos que a los que detentan el poder les gusta mantener relaciones con los inferiores. Eso se llama derecho de pernada, ¿no? —añadió encogiéndose de hombros—. En fin, que si durante las frías y largas noches que pase en esta casa, necesita un par de servicios para calentarle el corazón y otras partes de su anatomía...

—¡Nunca! —exclamó Rissa desesperada por recuperar la autoridad.

¿Cómo iba a hacer del palacio un monumento a la memoria de la familia Alfere—Tiziano si sus empleados se burlaban de ella?

Hacía ya una hora que Antonio se había ido y Rissa seguía pensando en él. Lo deseaba tanto que

estaba anonadada. Ella, que se había convencido durante su matrimonio de que había dejado de sentir deseo, se sentía completamente atraída por un desconocido.

Aquel hombre la excitaba hasta límites insospechados. Jamás había sentido aquello por Luigi, con el que había estado casada cinco años.

El sexo con su marido nunca había sido gran cosa, pero aquel desconocido... no, aquel desconocido era fruta prohibida... qué tentación...

Capítulo 3

CUANTA ropa bonita! —exclamó Livia a la mañana siguiente cuando Rissa comenzó a deshacer su equipaje. Estaban en las habitaciones que Antonio, no Rissa, había elegido como su suite. El día anterior, había inspeccionado las habitaciones de la planta superior como si fuera todo un experto y había decidido que la mayor parte podían utilizarse sin problema. También le dijo que había algunos salones y la última planta que sí que iban a necesitar reformas, pero que quizás el palacio no estuviera en tan mal estado como parecía en un primer momento.

Las habitaciones que ocupaba Rissa eran estancias muy grandes cubiertas de polvo desde las que había una vista maravillosa de las colinas cercanas. Si miraba hacia abajo, la vista ya no era tan bonita, pues el terreno que pertenecía al palacio estaba completamente descuidado y se iba a necesitar mucho esfuerzo para devolverles a aquellos jardines su aire palaciego. Los balcones de hierro estaban en mal estado y no se podía salir a ellos, pero Antonio se había mostrado más optimista que Mazzini sobre el estado general de la propiedad.

El director del proyecto que Rissa había elegido había recorrido la casa con esmero, haciendo una lista de lo que había que reparar. En las habitaciones que ocupaba Rissa había que decorar y pintar, pero aquello podía esperar. Lo importante ahora era hacer de aquel palacio un lugar habitable.

Había dos enormes armarios de madera en la habitación y Rissa había pensado utilizarlos para su ropa, pero, al abrirlos, había cambiado inmediatamente de idea porque en su interior olía a cerrado, a moho y a polvo.

Así que su ropa de Moschino y de Armani estaba colgada de las barras de las cortinas y colocada en unas improvisadas estanterías que Livia y ella habían fabricado con ladrillos y listones de madera del suelo.

—Aquí no le van a hacer falta ni la mitad de las

cosas —comentó la empleada.

—No importa —contestó Rissa—. Voy a vender mucha de mi ropa. Seguro que en Florencia hay tiendas de segunda mano.

—Hay una tienda donde se puede donar ropa en el pueblo...

—Sí, la he visto, pero debo ser pragmática. Tengo ropa muy buena y, si la vendo bien, ese dinero me vendrá muy bien para las reparaciones del palacio. Si para cuando esté terminado y se abra al público me queda algo, lo donaré a la tienda de beneficencia, se lo aseguro.

—No sé qué les parecerá eso al señor Mazzini y al señor Antonio —objetó Livia—. ¡Forasteros! ¡Ja! Primero quisieron tirar el palacio abajo y construir casas y ahora... Bueno, en el fondo, supongo que tendré que dar gracias de que la señora sólo quiera llenar los jardines del palacio de ancianitos ingleses.

—¿Quisieron derribar el palacio? —se sorprendió Rissa—. ¿Por qué? Es precioso y debe de tener un montón de historia.

—Ya, pero... por lo visto, una empresa de Cardiff le hizo una oferta al señor Mazzini.

—¿Ah, sí? ¿Se lo ha contado él?

—No, no ha hecho falta. En Monte Piccolo todos nos enteramos de todo muy rápido. Por lo visto, un constructor millonario quería hacer unos cuantos cambios por aquí —contestó Livia con desprecio—. Al señor Mazzini no le pareció buena idea y el mismo día del entierro de su esposo le dijo a la empresa que usted no estaba dispuesta a vender.

Rissa la miró confusa.

—Pero si en aquellos momentos yo ni siquiera sabía de la existencia de este palacio...

—Pero el señor Mazzini sabía que el pueblo no quería cambios. Supongo que dio esa contestación por el bien de todos, condesa.

—Sí, supongo que sí... en cualquier caso, tenía razón. Hay que asegurar el futuro del palacio por el bien del pueblo.

—Pero usted no es de por aquí. ¿Qué le importa a usted que el palacio siga en pie o no y que al pueblo le vaya bien o no?

—Mi suegra sí era de aquí, Livia —le recordó Rissa—. Y estaba muy orgullosa de su lugar de origen. En este mundo que cambia tan rápido saber de dónde venimos es muy importante. Por eso yo quiero que esta casa siga en pie, me cueste lo que me cueste.

Aunque Rissa había hablado sinceramente, por la mirada de burla de la empleada, comprendió que a Livia le importaba muy poco lo que ella pensara.

Con su ayuda, Rissa decidió qué ropa se iba a quedar y qué ropa iba a vender. Tenía prendas que se había puesto sólo una vez y algunas que ni siquiera había estrenado. A Luigi siempre le había gustado comprarle ropa bonita.

Rissa consultó su Rolex y comprobó que iban a dar las diez de la mañana, así que decidió salir a dar un paseo por la propiedad antes de que hiciera demasiado calor.

Antonio observó cómo Rissa bajaba por las escaleras de piedra de la parte trasera del palacio y se fijó en que parecía que el tobillo no le molestaba.

Había ido a hablar con Mazzini y sabía cómo estaban las cosas. Al administrador no le había hecho ninguna gracia que Antonio se hubiera convertido de la noche a la mañana en la mano derecha de la condesa y no se había quedado tranquilo hasta que había llamado a Rissa para cerciorarse de que lo que Antonio le contaba era verdad. Por cómo le había hablado, Antonio se había dado cuenta de que el interés de aquel hombre por que la condesa estuviera bien iba mucho más allá de su trabajo.

Antonio oía y veía todo, pero no decía nada. De momento, le iba bien que Rissa no supiera dónde se iba a alojar. Tenía un buen coche, así que ir y volver desde Florencia no sería problema. Trabajar en el palacio no le iba a suponer ningún sacrificio y tenía toda la intención del mundo de llegar pronto por las mañanas y de irse tarde por las noches. Así, podría recorrer la propiedad sin que nadie lo viera.

Había descubierto que la propiedad y el palacio tenían muchas posibilidades. Lo cierto era que aquel lugar era un tesoro. La condesa se debía de haber

dado cuenta también y, por eso, no lo había vendido. Era obvio que Mazzini también quería echarle el guante. Si Rissa no estaba dispuesta a vender, sólo había una manera de que uno de los dos se hiciera con el palacio.

Antonio sonrió.

Seguro que ambos habían llegado a la misma conclusión y estaban considerando tácticas similares. Era un método que a los italianos les encantaba, aunque a cualquier hombre le habría encantado seducir a una mujer tan guapa y, además, llevarse un palacio estupendo a cambio.

Antonio se rió en silencio mientras estudiaba a Rissa desde el campanario del palacio, donde sabía que estaba a salvo de miradas indiscretas. Mientras observaba cómo aquella silueta ataviada con unos vaqueros blancos y una camiseta de color amarillo limón se adentraba en la espesura del jardín, se preguntó cómo funcionaría aquella mujer en la cama.

Antonio se había acostado con muchas mujeres de diferentes clases sociales, pero todas habían tenido algo en común, que buscaban un anillo de compromiso que les diera acceso a su fortuna.

A ninguna le había salido bien porque Antonio tenía muy claro que no se iba a dejar engañar por las artes amatorias de ninguna mujer. Había visto caer a muchos otros hombres ricos bajo el hechizo del supuesto amor y el patrón se repetía una y otra vez. En cuanto la chica en cuestión tenía el anillo de compromiso en el dedo, desarrollaba una repentina adicción a gastar dinero sin parar. Todo empezaba con ropa y fiestas, pero acababa con un entrenador personal muy guapo y cocaína a raudales.

Hasta el momento, Antonio había conseguido evitar las trampas que aquellas «prostitutas legales», como él las llamaba, le habían tendido. Hacerse pasar por un jefe de obra normal y corriente deseoso de acostarse con una mujer rica le parecía de lo más gracioso.

Disfrutaría de la condesa y aprovecharía esos momentos para sembrar su mente de dudas sobre el palacio. No lo había podido recuperar haciendo una buena oferta, así que iba a tener que utilizar la psicología.

Una viuda joven y atractiva, sola en un país extranjero, estaría desesperada por tener a alguien en quien apoyarse... sobre todo, cuando se enterara de la maldición de los Tiziano.

Antonio sonrió satisfecho.

Si Rissa resultaba ser supersticiosa, saldría corriendo de allí en un abrir y cerrar de ojos. De no serlo, sin duda, recurriría a él. Lo sabía por cómo

lo había mirado. Prácticamente se lo había comido con los ojos.

Él, por su parte, de no haber estado el ama de llaves delante, la habría hecho suya allí mismo, encima de la mesa de la cocina, sin dudarlo.

Rissa levantó la mirada al oír los gritos de los vencejos que sobrevolaban los olivos. Al hacerlo, le pareció distinguir una silueta en el campanario. Agudizando la vista, reconoció a Antonio.

—¡Antonio! ¿Qué hace ahí? ¡Baje inmediatamente, no le vaya a pasar algo!

—No se preocupe, condesa, el campanario está bien —contestó Antonio bajando por las escaleras y apareciendo en la puerta de la torre unos minutos después—. En cualquier caso, no le recomiendo que suba hasta que hayamos hecho algunas reparaciones.

—¿Estaba revisando el campanario? —le preguntó Rissa acercándose.

El cuerpo de Antonio la atraía como un imán. Llevaba una camiseta blanca que contrastaba con su piel morena y lo hacía todavía más deseable y lucía unos vaqueros viejos que se le ajustaban de maravilla. Estaba apoyado en la pared, con las manos en las caderas, observándola atentamente.

Rissa sintió que se le secaba la boca.

—He ido a ver a Mazzini esta mañana, condesa, y creo que debe tener cuidado con ese hombre porque no le hace ninguna gracia su presencia aquí.

—¡No diga tonterías! ¿Por qué no le iba a hacer ninguna gracia que yo ande por aquí?

—¿No se le ha ocurrido pensar que, quizás, Mazzini quiera quedarse con el palacio?

—Pero si fue él quien me dijo que no aceptara la oferta que me hizo la empresa ésa, AMI no sé qué —objetó Rissa—. Si hubiera querido librarse de mí,

habría insistido cuando dije que no tenía intención de venderle el palacio a nadie.

Antonio se quedó pensativo, sopesando sus palabras. Una cosa era sembrar su mente de dudas y otra cosa pasarse de la raya.

—¡Ah, entonces, debe de ser por eso que cuentan en Monte Piccolo! —exclamó chasqueando los dedos.

—¿A qué se refiere?

—Dicen que el pueblo desaparecerá si el palacio deja de pertenecer algún día a la familia Tiziano.

—Qué tontería —contestó Rissa—. Esas historias se inventan para engañar a las gentes. Es como eso que cuentan de que el día que en la Torre de Londres deje de haber cuervos desaparecerá la monarquía.

—Veo que no es fácil engañarla —sonrió Antonio—. Sí, debe de tener usted razón, debe de ser eso. Por eso en la década de los cuarenta, un tremendo terremoto sacudió la zona justo en la época en la que los propietarios del palacio no estaban por aquí. Sería una casualidad, claro.

—¿Pero aquí hay terremotos? —se inquietó Rissa.

—Sí, aunque no son muy frecuentes. Hubo uno una vez, coincidiendo con la época en la que el excéntrico y soltero conde Angelo abandonó el pueblo para hacer una peregrinación descalzo a Roma. Se derrumbaron todas las casas excepto la iglesia y el palacio.

Rissa exclamó horrorizada.

—Las casas de madera se caen con facilidad —se limitó a continuar Antonio encogiéndose de hombros—. Lo bueno es que se rehacen con la misma facilidad. En cualquier caso, no es buena idea que no haya un Tiziano en el palacio.

—Vaya, yo pertenezco a la familia Tiziano, pero sólo por matrimonio. ¿Eso cuenta? —preguntó Rissa preocupada.

—No lo sé —contestó Antonio—. Supongo que tampoco hay que hacer mucho caso de todas esas cosas. Pasa lo mismo con eso que cuentan de la maldición de los Tiziano.

Aquello era demasiado. Rissa suponía que Antonio se lo estaba inventando todo, pero quería tener la certeza, así que lo miró a los ojos, algo que no se había atrevido a hacer hasta el momento por el

efecto que aquel hombre tenía sobre ella.

—El señor Mazzini jamás me habló de ninguna maldición —comentó.

—Ya, claro, evidentemente —contestó Antonio desviando la mirada—. Él lo que quiere es que se instale usted aquí sin preocupaciones para casarse con usted, poner a un Tiziano en el palacio y quedarse de amo y señor del pueblo. Ahí es donde entra precisamente la maldición, pues dice que una esposa infiel atraerá la mala suerte.

Antonio no parecía muy convencido con todo aquello, pero Rissa sabía que, a veces, aquellas leyendas tenían una base histórica.

—Supongo que se sentiría usted más a salvo, condesa, si tuviera a un hombre a su lado —dijo Antonio.

—Un momento. En el vestíbulo de entrada del palacio hay un montón de retratos de guerreros y mujeres de dignidad intachable. Todos sobrevivieron viviendo en el palacio sin problema. He estado mirando las fechas y todos murieron muy mayores, excepto los jóvenes que tenían expresión ceñuda —añadió pensativa—. Si todos esos parientes de Luigi han conseguido superar la maldición, yo también podré. Ya que se ha ofrecido a trabajar en el palacio mientras se restaura, ¿por qué no se instala en él? Si tanto le preocupa mi bienestar, de esa manera podría estar aquí las veinticuatro horas del día los siete días de la semana.

—¿Pero cómo se le ocurre decirme algo así si apenas me conoce? —se indignó Antonio—. Por supuesto, ya le he dicho al señor Mazzini esta mañana que le voy a enviar por correo todas mis referencias laborales y a usted le digo ahora que no debe fiarse de nadie así, a las primeras de cambio.

—Bueno, ¿qué le parece si empezamos a trabajar? —contestó Rissa cambiando de tema.

—A mí me parece muy bien, pero no veo que haya traído usted ni metro ni cuaderno ni bolígrafo.

—¿Cómo que no? —contestó Rissa sacándose todo lo mencionado de los bolsillos traseros del pantalón.

¿Cómo se atrevía aquel hombre a ponerla en tela de juicio constantemente?

—¿Empezamos? —sonrió con malicia—. Tenemos muchas

cosas que hacer —añadió girándose.

Antonio aprovechó para deleitarse con el vaivén de sus caderas.

—¡Venga! —exclamó Rissa girándose.

Antonio pensó que debería haberse fiado de sus instintos. Tendría que haberla lanzado sobre la cama, tendría que haber aceptado la invitación de sus pechos, de sus pupilas dilatadas y de sus labios abiertos. Rissa no se habría resistido.

«Es como las demás», se recordó a sí mismo.

Si algún día Rissa supiera quién era él en realidad, Antonio tenía muy claro que solamente reaccionaría de una manera, buscando su dinero como una perra en celo.

Tras sacudir la cabeza, fue tras ella diciéndose que ninguna mujer se merecía tanta agonía y que a él lo único que lo movía en todo aquello era el palacio.

Cuando Rissa vio a Antonio trabajando entre los olivos y las viñas, se olvidó de su actitud arrogante y se vio de nuevo emborrachada de deseo, pues aquel hombre la hacía soñar y tener fantasías.

Se imaginó apoyada contra el tronco de un árbol centenario mientras él le desgarraba la ropa y...

Rissa se llevó la mano a la frente. Aquel hombre tenía un poder sexual sobre ella demasiado fuerte.

—¿Demasiado sol, condesa?

—No, Antonio, estoy bien. Lo que pasa es que me estoy mareando un poco con tanto número como me estás dando —improvisó Rissa abanicándose con el cuaderno.

—Venga, siéntese a la sombra mientras yo voy a ver qué tal está ese muro —le ordenó Antonio.

Su plan estaba comenzando a dar frutos antes y mejor de lo que había creído. Era cierto que no había conseguido asustar a la condesa con las leyendas de la gente de la zona, pero estaba sucediendo algo.

Si lograba convencerla de que reformar el palacio iba a ser una obra monumental, tal vez, se asustara y se diera por vencida.

Aliviada al tener un poco más lejos a Antonio, Rissa se concentró en sus cálculos. Aunque Luigi no la había dejado trabajar en marketing, no había

olvidado sus conocimientos. Siempre había sido una de las primeras de la clase y eso ahora le iba a venir muy bien. Lo más difícil iba a ser convencer al señor Mazzini y a Antonio de que sus ideas podrían funcionar.

Rissa se revolvió incómoda. Su simple nombre tenía un efecto sorprendente sobre ella. La ligera presión de los vaqueros y de la camiseta en las curvas de su cuerpo la hacían sentirse muy femenina, pero, al mismo tiempo, se sentía desposeída de todo poder ante la sensualidad salvaje de Antonio.

Aquello era una locura.

Jamás se había sentido así. Ni siquiera durante los primeros y salvajes días del cortejo de Luigi.

Cuando Antonio volvió a su lado, llevaba una sonrisa dibujada en el rostro y la camiseta mojada pegada al torso. Rissa se puso nerviosa y comenzó a pasar las hojas del cuaderno en busca de una que estuviera en blanco, pero lo único que consiguió fue que tanto el cuaderno como el bolígrafo, un Montblanc regalo de Luigi, se le cayeran.

Rissa se apresuró a ponerse en pie y a alargar el brazo, pues el bolígrafo iba directamente hacia una hendidura de la roca. Antonio también se había abalanzado hacia el bolígrafo y se chocaron. Rissa se agarró a él para no perder el equilibrio, pero el golpe y tenerlo tan cerca fue demasiado. Rissa sintió que el aire no le llegaba a los pulmones. Al inhalar profundamente, su aroma la invadió por dentro. Por fuera, sentía su piel, la firmeza de sus músculos.

—¡Casi, condesa! —exclamó Antonio.

—¿Cómo? Se me ha caído el bolígrafo y era un regalo de mi marido...

—Ya —sonrió Antonio bajando la mirada hacia su brazo.

Rissa estaba firmemente aferrada a él. Al darse cuenta, lo soltó.

—No hace falta que se reprima, condesa. Conmigo puede dar usted rienda suelta a su deseo y hacer lo que quiera.

—No sé de qué me está hablando —se indignó Rissa apartándose.

—¿Cómo que no? —contestó Antonio quitándose la

camiseta y colgándosela del cinturón—. Acaba de perder un regalo de su marido, así que lo más normal del mundo es que haya tenido un momento de debilidad...

Antonio lo había dicho así expresamente, para comprobar si Rissa era como las demás y, al ver que la expresión de su rostro cambiaba, sonrió triunfal. Acababa de demostrar que aquella mujer era exactamente igual que las chicas que ocupaban las calles de su ciudad natal y que vendían sus cuerpos por dinero. La diferencia era que las prostitutas napolitanas eran sinceras con sus clientes y aquella chica se había casado con un hombre al que probablemente ni siquiera había amado. De haberlo amado, habría llorado al perder un regalo suyo, pero, más bien, parecía avergonzada.

Antonio la miró con dureza, pues era obvio que, en lugar de estar pensando en su marido, estaba pensando en él. Claro que, por otra parte, era cierto que él también estaba pensando en ella, en su cuerpo, en cómo poder compartir su excitación con ella...

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Antonio se giró y fue en busca de una barra de metal para apartar las piedras y recuperar el bolígrafo. A ver si así se distraía y dejaba de pensar en el maravilloso cuerpo de Rissa, que estaba empezando a ser un gran problema.

Antonio se dijo que tenía un objetivo muy claro y que no podía permitir que aquella mujer lo distrajera de él.

Cuando sacó el bolígrafo de la hendidura en la que había caído, Rissa lo aceptó y le dio las gracias. A continuación, sugirió que volvieran a la cocina a comenzar con el papeleo. Livia le había dicho que iba a estar ocupada todo el día y a Rissa no se le ocurría una forma mejor de aniquilar la pasión que tener al ama de llaves cerca.

Rissa había albergado esperanzas de que ahora que tenía una habitación en condiciones las noches en el palacio fueran mejores, pero no hubo tal suerte.

Aquella noche se la pasó prácticamente en vela, recordando lo que Antonio le había contado de la maldición de los Tiziano. Por lo menos, ya no dormía

sola. Livia y Fabio habían vuelto a instalarse en la casa, en la habitación de al lado de la cocina.

Antonio había contado con que Rissa quisiera tener los jardines arreglados y bonitos cuanto antes y había tenido que hacer un gran esfuerzo para disimular su sorpresa cuando Rissa le había indicado que se concentrara en el interior del palacio.

Cuando Rissa le había dicho que había que acondicionar las suites inmediatamente, no había dicho nada, pero, cuando Rissa le había aclarado que uno de los apartamentos sería para sus padres adoptivos y el otro para el ama de llaves, Antonio la había mirado anonadado.

—Yo me puedo quedar aquí de momento —le dijo Rissa—. Lo importante es que se arregle la instalación eléctrica y de fontanería para cuando mi familia se mude —había añadido riéndose al ver que Antonio la miraba atónito.

Pasarse la noche pensando en Antonio era muy peligroso. Sus ojos rebosaban hambre de cariño, lo que la perseguía constantemente cuando estaba despierta y le daba más miedo que cualquier tipo de maldición. Se lo imaginaba diciéndole cosas al oído durante toda la noche, atrapándola en la intensidad de su mirada mientras sus expertos dedos la acariciaban por todo el cuerpo...

Rissa se levantó de la cama. ¡Aquello era ridículo! Encendió la luz, se puso la bata, se anudó bien el cinturón y decidió ir a la cocina a tomar algo caliente.

Hasta que sus padres adoptivos la habían convencido para que fuera a la universidad, a Rissa le había dado miedo casi todo. Desde entonces, había aprendido que las personas eran mejores de lo que solían parecer en un primer momento.

Desde luego, eso era lo que le había ocurrido con Luigi Alfere—Tiziano. Nada más verlo, había quedado encandilada por su belleza y su encanto y eso había sido mucho antes de enterarse de que era rico y de que tenía un título. De hecho, había sido precisamente la fortuna de su familia lo que los había separado. Sus extravagancias salvajes siempre la habían puesto nerviosa y, tal y como había demostrado el tiempo, había tenido razones más que

sobradas para estarlo porque el dinero había hecho que su marido se sintiera una persona privilegiada que podía hacer lo que le diera la gana y eso lo había llevado, por ejemplo, a tratar fatal a las personas que tenía a su servicio.

Tras prepararse un té, Rissa se sentó junto a la chimenea y se quedó observando los retratos de la familia Alfere—Tiziano. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, a pesar de que todos tenían un aire, ninguno de ellos se parecía a Luigi.

También había otra cosa que la confundía. En el enorme escudo que había labrado en la piedra de la chimenea no estaba el apellido de su marido, pero sí el apellido «Michaeli». Nunca había oído ni a su marido ni a su suegra emplear aquel apellido y eso la extrañó porque a la familia de Luigi siempre le había gustado hablar de su nobleza. A lo mejor había sido porque aquel apellido procedía de alguna plebeya como ella que había entrado a formar parte de la familia única y exclusivamente para dar hijos a alguno de sus miembros. En cuanto hubiera cumplido con su obligación, la familia Tiziano se habría adueñado de sus posesiones y del heredero y la habría dejado en un segundo plano.

Rissa confiaba en que a aquella pobre mujer le hubiera ido mejor que a ella. De haber tenido un hijo, por lo menos, Luigi se habría sentido mejor. Tal y como habían ido las cosas, su marido se había mostrado siempre muy decepcionado con ella, lo que le había hecho sentirse inmensamente culpable.

Claro que, por otra parte, pobre del niño que los hubiera tenido a ellos como padres. Bastante habían tenido Luigi y Rissa para escapar de la prensa amarilla. Rissa no quería ni pensar en lo que habría sido con un bebé.

Hacía ya dos días que no dormía, así que, al cabo de un rato, miró por última vez los retratos, apagó las luces y se fue a la cama.

Lo cierto era que todos aquellos rostros le recordaban a alguien, pero en aquellos momentos no caía en quién...

A la mañana siguiente, cuando Rissa abrió los ojos, vio que el sol entraba a raudales por las ventanas. Alarmada, al pensar que sería tarde, se

puso en pie. Fue entonces cuando percibió ruidos en la cocina.

Al bajar, comprobó que Livia estaba fregando el suelo bajo la atenta mirada de Fabio, que se había escondido en un rincón junto a la chimenea.

—Estaba terminando de fregar para subirle un café cuando me he tropezado con el gato y he tirado el cubo de la fregona —se excusó la empleada.

—No pasa nada —la tranquilizó Rissa—. ¿Está usted bien? ¿Sí? Bueno, eso es lo que importa —añadió aliviada al ver que Livia asentía—. En cualquier caso, ya iba siendo hora de que me despertara, así que me ha hecho usted un favor.

—Iba a ir a despertarla para decirle que tengo que bajar al pueblo porque, cuando he bajado esta mañana a primera hora, no había pan debido a un corte eléctrico, así que tengo que volver.

—Ya voy yo —se ofreció Rissa—. Me vendrá bien darme un paseo.

Después de ducharse, se puso una camiseta de tirantes y unos vaqueros y se dirigió al pueblo con la esperanza de conocer a sus vecinos. Bajar al pueblo andando no le llevó más de diez minutos. Sin embargo, cuando llegó a las enormes verjas que separaban el palacio de la plaza principal del pueblo, dudó. De repente, se había puesto nerviosa.

«Una Alfere—Tiziano de verdad no se comporta así», le habría dicho Luigi.

Aquello hizo que Rissa tomara aire, echara los hombros hacia atrás y saliera del palacio dispuesta a comerse el mundo. La plaza principal de Monte Piccolo estaba llena de gente que hablaba sobre el corte eléctrico que había habido aquella mañana. Estaban todos tan absortos en sus conversaciones que no se percataron de su presencia, lo que ella agradeció, pues le dio oportunidad de deambular sin que nadie la observara.

Era día de mercado y Rissa se dio una vuelta por los puestos, compró huevos, pan y queso. Se dirigía a un gran puesto de verduras y frutas cuando vio a Antonio. Estaba a punto de llamarlo cuando advirtió que se hallaba en animada conversación con una joven. Con una joven muy guapa.

Disimulando su presencia detrás de un puesto,

Rissa se quedó mirando a la pareja. Aunque sólo los tenía a unos pocos metros, no oía lo que decían, pero tampoco importaba. A juzgar por la expresión del rostro de la joven era obvio que la conversación le estaba pareciendo de lo más interesante. De repente, Rissa vio que Antonio le acariciaba el brazo y comprendió que aquello era mucho más que una simple conversación.

Rissa sintió que se encendía por dentro y se obligó a concentrarse en comprar tomates y lechugas. Cuando hubo terminado en aquel puesto, se atrevió a mirar al lugar en el que había visto a Antonio con su amiga. No había nadie. ¿Se habrían ido a algún rincón más apartado?

Rissa se dijo que no era asunto suyo y que no le importaba en absoluto, pero lo cierto era que se sentía como si una mano gigante le hubiera aplastado el corazón. El dolor era tan insoportable que sentía que se le saltaban las lágrimas.

En aquel momento, oyó la risa de Antonio y se giró. En aquella ocasión, lo vio hablando con la vendedora de uno de los puestos mientras jugaba con su hijo. Rissa pensó en ir a saludarlo, pero no quiso interrumpir.

De repente, se le ocurrió una posibilidad que la paralizó. ¿Y si les estuviera contando a los habitantes del pueblo lo que pensaba de ella en realidad? Por cómo le había visto comportarse con la chica, era obvio que no era ella a la única a la que trataba de manera seductora.

¿Y si Antonio era un canalla que se dedicaba a ligar con todas las mujeres que se le ponían por delante para luego reírse de ellas?

Rissa se apresuró a pagar su compra y a perderse entre la gente antes de que Antonio la viera.

Capítulo 4

¿DÓNDE vives? —le preguntó Rissa a Antonio aquel mismo día mientras degustaban la maravillosa ensalada de tomate y albahaca que les había preparado Livia.

—No muy lejos de aquí —contestó Antonio señalando hacia el pueblo.

—Creía que te ibas a quedar en el palacio mientras duraran las obras de remodelación.

—Sí, pero, de momento, prefiero no hacerlo porque hay muchos obreros entrando y saliendo todo el rato y yo necesito un poco de intimidad. Cuando la obra haya avanzado un poco y vaya sola, me vendré a vivir aquí pero, de momento, prefiero mantenerme alejado de mis empleados.

—¿Y con la gente del pueblo no te pasa lo mismo?

Antonio ignoró la curiosidad de Rissa.

—He alquilado una habitación y, como aquí nadie me conoce, paso completamente desapercibido —contestó—. Así, puedo elegir entre estar solo o acompañado, lo que es imposible cuando vives con más gente. Yo me siento atrapado cuando hay demasiada gente a mi alrededor.

—Estoy completamente de acuerdo -contestó Rissa sinceramente—. Por cierto, necesito una tienda de ropa cuanto antes. Tengo que ir a Florencia.

Antonio le dedicó la misma sonrisa indulgente que le había visto concederle a la chica de aquella mañana.

—Condesa, no hace falta que se arregle usted para mí. Yo la encuentro irresistible tal y como está ahora mismo —murmuró.

Al instante, se maldijo a sí mismo porque era obvio que Rissa le tenía que haber visto hablando con Donna aquella mañana. Ahora lo iba a tomar por un gigoló y él lo que necesitaba era que lo tomara en serio.

El cumplido de Antonio había hecho que Rissa se sintiera embriagada. Aquello confirmaba sus sospechas, pero tampoco importaba. ¿Adónde le había llevado comportarse siempre con cordura? Estaba sola en un país extraño, sin dinero para volver a

Inglaterra y atrapada en una casa que se iba a comer todos sus ahorros hasta que diera con la manera de empezar a sacarle beneficio.

¡La única locura que se había permitido cometer en la vida había sido aceptar la invitación a cenar que Luigi le había hecho cinco largos años atrás y mira dónde la había conducido aquello!

Rissa se dijo que tenía que actuar con cuidado, que lo mejor que podía hacer era rechazar los cumplidos de Antonio, pero era su mente la que decía eso porque su cuerpo se rebelaba con pasión.

Rissa se dijo que Antonio era de aquellos hombres que ligaban con cualquier mujer que se les pusiera delante, de aquellos hombres que luego salían corriendo en cuanto se hablaba de la palabra compromiso. A no ser, claro, que al igual que Luigi tuvieran que tener un heredero cuanto antes.

Aunque sabía que corría el riesgo de pasarlo mal, lo cierto era que se sentía profundamente atraída por aquel hombre.

—Me alegro mucho de que te guste mi aspecto —le dijo sin hacer ningún caso de su sentido común.

A continuación, se sonrojó y bajó la mirada. Antonio se quedó mirándola fijamente y se dio cuenta de que tenía los pezones endurecidos porque las puntas se le habían clavado en la tela de la camiseta.

Obviamente, Rissa estaba excitada.

El también lo estaba.

Rissa sentía una extraña mezcla de culpabilidad y deseo y se dijo que tenía que recuperar la compostura antes de que Livia volviera y se los encontrara utilizando la mesa de la cocina para otros menesteres aparte de comer.

La única manera que se le ocurría de conseguirlo era hablar, así que se lanzó.

—No creo que a tu amiga del pueblo le gustara oírte decir eso, Antonio.

Antonio dio un respingo. Al instante, se dio cuenta de que Rissa estaba celosa, lo que lo excitó todavía más.

—Pues sí, voy a tener que acercarme a Florencia a vender ropa —insistió Rissa cambiando de tema—. Voy a necesitar mucho dinero para reparar el palacio y

no quiero que se quede nada sin hacer por falta de liquidez.

Nada más haberlo dicho, Rissa sintió una tremenda vergüenza y rezó para que Antonio no se percatara de su falta de capital.

—Veamos —dijo Antonio haciendo cálculos en un papel—. Desde luego, el proyecto no va a salir barato porque, además de los materiales, hay que pagar a los obreros y los servicios del señor Mazzini son caros. Sobre todo, porque tiene que mantener a Donna, una amante muy selecta. Es la joven con la que me ha visto esta mañana en el mercado —añadió como si tal cosa.

—Precisamente por eso tengo que vender algunas cosas —insistió Rissa.

—Bueno, yo le salgo gratis.

—Y te lo agradezco —contestó Rissa.

—Para mí es un gran placer trabajar a cambio de nada en bien del palacio —concluyó Antonio con una sonrisa enigmática.

Durante el tiempo que había estado casada, Rissa se había acostumbrado al lujo. Había vivido en un paraíso falso, pero muy cómodo, abandonada en un dúplex de Manhattan, del que solamente salía cuando había acontecimientos sociales muy importantes o para viajar en el yate de la familia. Sí, había vivido muy bien, pero sus días los marcaba el calendario social.

Las cosas en el palacio iban a ser muy diferentes. Al día siguiente, comprobó que Antonio ya había organizado a los electricistas y a los fontaneros, pero la casa seguía teniendo su apariencia triste y desvencijada aun cuando aquellos profesionales hubieran hecho su trabajo. En aquel palacio había pocas comodidades. De hecho, el único lugar cómodo era su suite.

Al pensar en aquella habitación, Rissa se encontró al instante pensando en Antonio. Para no hacerlo, decidió salir a dar una vuelta por su propiedad. Se le había ocurrido una idea al saber que el único hijo del hortelano del pueblo tenía un negocio que le iba muy bien en Florencia y no tenía ninguna intención de volver a Monte Piccolo.

Rissa sabía que para las mujeres del pueblo

aquélla sería una gran pérdida, pues a los italianos les gustaba comer verdura y fruta bien frescas. Aunque no tenía dinero, tenía mucha tierra y había visto que había pinos, almendros, higueras, viñedos y albaricoqueros. Por desgracia, nadie recogía las frutas, que se pudrían en el suelo.

Mientras paseaba, vio que había fresas entre las piedras y pensó que, si eran capaces de nacer y crecer en una tierra tan pobre, ¿cómo no iban a hacerlo en un suelo preparado? Seguro que la gente del pueblo las compraría.

Al llegar al campanario, decidió subir. Antonio había subido unos días atrás y no le había pasado nada.

«Desde luego, desde que me he planteado tener una aventura con él, me atrevo a hacer un montón de cosas peligrosas», sonrió para sí misma.

Rissa quería instalar en aquel campanario una cafetería porque las vistas eran espectaculares. Allí mismo tenía dos fuentes de ingresos. Por un lado, las fresas y, por otro, la cafetería.

Rissa abrió la puerta del campanario y entró. Aunque había esperado encontrarlo todo sucio y viejo, para su sorpresa, comprobó que estaba todo limpio y ordenado, a pesar de que, efectivamente, estaba viejo. Al mirar a su alrededor, vio un cuaderno, un bolígrafo y un metro y comprendió que cierta persona se le había adelantado.

—¿Antonio? —llamó.

Al no obtener respuesta, decidió subir. Con cuidado, se agarró a la barandilla y fue subiendo los escalones de madera de uno en uno. Ya estaba empezando a sentirse a salvo cuando, sin previo aviso, uno de los escalones cedió y, para su horror, se encontró cayendo al vacío con gran estruendo.

Rissa sintió unas manos firmes y autoritarias sobre su cuerpo e intentó zafarse, pero la cabeza le daba vueltas y sentía la garganta seca. No tenía fuerzas para moverse. Lo único que podía hacer era quedarse tendida en el suelo y rendirse ante el examen físico del que estaba siendo objeto.

—Menuda caída tan mala, condesa —comentó Antonio —. No se mueva hasta que la haya examinado bien. Quiero asegurarme de que todo está en orden. ¿Tiene

la costumbre de tirarse a los pies de todos los hombres a los que conoce? —bromeó.

Lo que más preocupaba a Rissa en aquellos momentos eran las manos de Antonio, que se movían por su cuerpo con facilidad. Sus movimientos, lentos y medidos, eran como caricias.

Rissa volvió a cerrar los ojos, pero, al sentir las manos de Antonio sobre sus costillas, no pudo evitar gritar.

—¿Eso le ha dolido?

Rissa no podía contestar. Lo tenía demasiado cerca.

—¿Le ha dolido? —insistió Antonio.

—No —consiguió decir Rissa—. ¡Ay! Bueno, sólo me duele un poco la cabeza —añadió haciendo una mueca de dolor.

—A ver —dijo Antonio tomándola de los hombros y sentándola.

Ahora, sus rostros estaban tan sólo a unos milímetros.

—Míreme a los ojos, condesa.

Aquello era hipnotizante. Rissa se sentía atrapada en las profundidades de aquellos ojos marrones. Sin pensarlo, se mojó los labios con la punta de la lengua, imaginándose lo que sentiría si Antonio la besara. Instintivamente, apretó los puños y, para su sorpresa, se encontró apretándole el brazo a Antonio.

Al instante, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y, sonrojándose, se levantó a toda velocidad y se apartó, desesperada por ocultar su humillación.

Antonio, por su parte, se apresuró a ponerse en pie. Él también tenía que ocultar una parte de su anatomía.

—Desde luego, si se puede mover así, no le pasa nada —comentó chasqueando la lengua.

Lo cierto era que aquella mujer tenía un efecto de lo más erotizante sobre él. Tenerla tan cerca resultaba de lo más excitante. Su plan inicial había sido recuperar su casa. Si para ello tenía que seducirla, lo haría, le daba igual. La idea era que todo aquello no fuera nada emocional, que no hubiera entre ellos ningún tipo de sentimiento. Antonio era

perfectamente capaz de tener una relación basada única y exclusivamente en el sexo y no le suponía ningún problema. Sin embargo, la urgencia con la que deseaba a aquella mujer era completamente nueva para él.

De repente, Rissa pasó a su lado y salió del campanario. Antonio se limpió los vaqueros y la siguió.

—Si el campanario no es seguro, deberíamos poner un cartel en la puerta —comentó Rissa tocándose la cabeza.

—Era seguro hasta que a usted se le ha ocurrido venirse a dar una vuelta por aquí —contestó Antonio—. Por favor, sujéteme la escalera para que yo pueda subir a investigar cómo está la planta superior.

Rissa sujetó la escalera mientras observaba cómo Antonio iba subiendo.

—Es una pena que el campanario esté tan mal porque es precioso —comentó en voz alta—. Me encantaría arreglarlo y convertirlo en viviendas.

—Espero que no se refiera a segundas viviendas —contestó Antonio—. Este pueblo está cada vez más caro porque cada vez más gente se compra una casa de vacaciones aquí. Por eso, la gente joven de por aquí no puede casarse, porque los precios de las casas son astronómicos. Ningún constructor quiere construir barato por aquí, sólo construyen casas de vacaciones y casas para ricos. Los jóvenes tienen que irse a vivir a sitios más feos.

—A ver si yo puedo echarles una mano —comentó Rissa—. El palacio puede dar trabajo a varias personas. Por favor, Antonio, da trabajo a todas las personas del pueblo que puedas. A ver si así pueden ganar algo de dinero sin tener que irse a otro pueblo.

—Muy bien, pero solamente si está usted dispuesta a contratarlos dándoles de alta en la seguridad social y pagándoles razonablemente.

—Por supuesto —contestó Rissa—. Hablaré con el señor Mazzini para que se encargue de ello.

—No creo que le haga mucha gracia. Él suele contratar a sus amiguitos de la ciudad. Si yo elijo a los obreros, no tendrá control sobre ellos. ¿Está usted dispuesta a disgustar así a su amigo especial,

condesa?

—El señor Mazzini no es mi amigo especial —contestó Rissa—. En cualquier caso, ¿no me dijiste ayer que la chica con la que te vi hablando en el mercado era su novia?

—Bueno, su novia... más bien, están liados. ¿Por qué? ¿Tiene celos? —le preguntó Antonio bajando de la escalera—. Siento decirle que vamos a tener que cambiar el tejado entero. Esto sí que va a ser un montón de dinero. Será mejor que piense en esto y no en la vida amorosa de los demás.

—¿Cómo? ¿Hay que poner todo el tejado nuevo? ¡El señor Mazzini no me había comentado nada de esto!

—¿Para qué? No tenía que contárselo todo porque no estaba usted comprando la propiedad sino heredándola.

—¿Y cuánto le calculas?

Desde luego, Rissa parecía realmente preocupada. Asustarla con las maldiciones para que se fuera no había dado resultado. Quizás aquello lo consiguiera. A las mujeres ricas les gustaba gastarse el dinero en lujos, no en mantener sus propiedades.

Antonio se metió las manos en los bolsillos, se mordió los labios, miró la fachada del viejo edificio y se quedó pensativo.

—Veamos... habrá que contratar carpinteros para que hagan las vigas exactamente igual, habrá que buscar la misma piedra y las mismas tejas y, por supuesto, contratar a gente muy especializada, a la que tendremos que dar alojamiento y manutención mientras dure la obra. Desde luego, va a ser mucho dinero, condesa.

—¿Cuánto?

—Ahora mismo, no se lo podría decir, pero mucho —insistió Antonio.

Rissa suspiró.

—¿Le puedo hablar con franqueza, condesa?

—Sí, por supuesto.

—En mi opinión, este lugar no merece la pena. ¿Por qué no lo vende y se va a Inglaterra con sus padres?

Rissa se cruzó de brazos y lo miró estupefacta.

—Sabes perfectamente por qué, Antonio. Los dos somos conscientes de que, si lo vendo, llegará

cualquier constructor con dinero, lo tirará abajo y, tal y como has comentado hace un rato, construirá casas de lujo. Por lo que me ha dicho el señor Mazzini, nada más morir mi marido, ya había uno haciendo una oferta. Quieren destruir el palacio y no voy a permitirlo.

Antonio veía que la justificación de Rissa era acertada, pero sospechaba que había algo más.

Mientras daban la vuelta al palacio, inspeccionando, se quedó pensativo. Su empresa, AMI Holdings, había hecho varias ofertas muy generosas, tan generosas que cualquier persona en su sano juicio habría aceptado el dinero como si le hubiera tocado la lotería.

Sin embargo, para sorpresa de todos, la condesa había rechazado todas las ofertas. Por lo visto, prefería quedarse a vivir allí aunque fuera con poco que correr a su país natal con mucho.

Antonio estaba decidido a averiguar si la condesa tenía algo con Enrico Mazzini, pues le parecía inconcebible que una mujer que no estuviera con otro hombre se le pudiera resistir, así que decidió ponerla a prueba.

La casa se había ido construyendo a lo largo de los siglos y el ala que se había añadido a uno de los edificios principales había creado una zona privada y soleada, donde se podía disfrutar de la sombra de los árboles.

—Este lugar sería perfecto para tomar el sol —comentó Antonio pisando la hierba seca que llevaba años sin que nadie la cuidara.

—Desde luego, hoy hace un tiempo maravilloso para tomar el sol —contestó Rissa.

—¡Entonces, no se hable más!

Rissa se rió.

—Tendría que volver a casa a ponerme crema protectora y seguro que, una vez allí, me surgían mil cosas que hacer y ya no podría volver.

—Entonces, iré yo a buscarla —se ofreció Antonio—. Este lugar está a salvo de miradas indiscretas, pues los obreros están trabajando en el otro ala del palacio, así que se puede usted desnudar tranquilamente —añadió como si tal cosa.

Lo había dicho con tanta inocencia que Rissa se

encontró aceptando la invitación.

—Está bien, me parece una idea genial —dijo—. La crema está en el armario de la entrada, Antonio —añadió llevándose la mano a uno de los tirantes del vestido.

Sin embargo, al comprobar que Antonio la seguía mirando, no se lo bajó. Antonio comprendió y se alejó con una sonrisa pensando que retrasar un placer resulta el doble de placentero.

Una vez en casa, encontró la crema y subió a toda velocidad a la habitación de Rissa, se acercó a los ventanales y la observó. Debía de haber perdido la chispa del momento, porque no se había desnudado. Estaba tumbada bocabajo sobre la hierba. Aun así, a Antonio todo aquello se le antojaba un maravilloso desafío. Rissa tenía un cuello y unas piernas de ensueño, hechos para las caricias, así que Antonio decidió bajar al jardín de nuevo y dar rienda suelta a sus fantasías.

De vuelta en el jardín, se movió sigiloso como una pantera y, teniendo mucho cuidado de no pasar delante del sol para no molestar a Rissa, se colocó a su lado. A pesar de su cuidado, Rissa había presentido su llegada y ya se estaba incorporando.

—No se mueva, quédese tumbada —le dijo Antonio echándose crema en la mano—. Tranquila —le dijo al percibir sus dudas—. Disfrute del sol... —concluyó comenzando a extender la crema por los hombros de Rissa.

Rissa se relajó y volvió a cerrar los ojos. Sentía las manos de Antonio por el cuello y por los brazos. Era consciente de que debía de estar a horcajadas sobre ella, pero estaba poniendo mucho cuidado para no tocarla.

De repente, dejó de sentir sus manos y esperó a oír que Antonio abría de nuevo el frasco de la crema para echarle más, pero no fue así. Lo que oyó fue que le bajaba la cremallera del vestido y, al comprender que le había dejado la espalda completamente al descubierto, se tensó.

—Cuando me vaya, se va a quitar el vestido, así que será mejor que le ponga crema por toda la espalda, sobre todo donde usted no llega, para que no se queme —le explicó Antonio procediendo a

ponerle crema sobre los omoplatos.

Rissa cerró los ojos de nuevo y disfrutó de sentir las manos de un hombre por su cuerpo. A pesar de que era consciente de que debería decirle que parara, una parte de sí misma quería que siguiera e incluso que fuera más allá.

Antonio no lo hizo.

Cuando terminó con su espalda, comenzó a echarle crema por las pantorrillas. Al sentir sus manos bajo el dobladillo del vestido, Rissa no pudo evitar suspirar de placer.

—Da gusto, ¿eh? —sonrió Antonio disfrutando de la suavidad de su piel.

—Mmm.

Antonio le masajeó los muslos con movimientos lentos, de arriba abajo, cada vez más arriba... hasta que rozó con las yemas de los dedos el elástico de las braguitas de Rissa. Ella no objetó nada, así que Antonio siguió subiendo por la zona prohibida hasta que se encontró acariciándole las nalgas, no pudo resistirlo más y se puso a acariciarla de manera más sensual.

—¡No! —le advirtió Rissa.

—¿Por qué? ¿No le gusta?

—No es eso —contestó Rissa sinceramente.

—¿Entonces? ¿No será por lo que pueda pensar la gente? Si es por eso, puede estar tranquila —dijo Antonio besándola en el hombro—. Mis hombres no tienen permiso para acercarse por aquí y no lo harán —añadió besándola detrás de la oreja.

Al sentir sus labios, Rissa se estremeció y se olvidó de la realidad, dejando que Antonio la acariciara y disfrutando de sus manos por todo el cuerpo.

«No puedo seguir. Si lo hago, Antonio descubrirá la horrible verdad sobre mí... ¡No podría soportarlo!», pensó de repente.

—¡Para! —gritó asustada.

Antonio se incorporó crispado.

—No... No quería llegar tan lejos, Antonio.

Lo siento —se disculpó Rissa agarrándose el vestido.

Antonio la miró con incredulidad. Era evidente que no la creía, así que Rissa desvió la mirada.

—No mientas —le dijo enfadado—. Te apetecía tanto como a mí, pero, cuando te has dado cuenta de que el señor Mazzini te dejaría si se entera de que has estado ligando con un empleado, te has echado atrás.

Rissa no contestó. No había nada de verdad en las palabras de Antonio, pero tampoco se atrevía a contarle su verdad, así que permaneció en silencio. ¿Cómo contarle que, a pesar de que había estado casada, seguía sin tener experiencia en las artes amatorias? De saberlo, seguro que un hombre como Antonio se aprovecharía de ella.

—No, Antonio... entre Mazzini y yo no hay absolutamente nada. Y en cuanto a todo lo demás... te equivocas...

—Ya —se burló Antonio—. Te viene muy bien llevarte bien conmigo para que la obra te salga a buen precio, pero nada más, ¿verdad?

—Lo que cueste la obra no tiene nada que ver con esto.

—¿Cómo que no? Una mujer rica sin un hombre en casa no está satisfecha. Claro que yo no soy tan fácil de manejar como el viejo Mazzini. Necesitas que el palacio se reforme y se ponga en marcha cuanto antes, pero todavía no has podido echarle el guante a la tarjeta de crédito del viejo, ¿eh? ¡Mi oferta de trabajar gratis te debió de parecer una lotería porque en tu mundo nadie hace nada gratis! ¿Acaso te sentías en deuda y has pensado en tontear un rato conmigo a modo de pago? «Bueno, a éste le hago un par de carantoñas y ya está», ¿no? Claro, no me extraña que te hayas echado atrás cuando has visto que te respondía de igual a igual. Te has debido de llevar una buena sorpresa —estalló Antonio mirándola con desprecio.

Rissa lo estaba pasando fatal, pues no era la primera vez que alguien le pisoteaba la autoestima. Su marido lo había hecho constantemente, pero aquello no había sido nada comparado con el dolor que las palabras de Antonio le estaban produciendo. La humillación se le reflejaba en la cara y en el nudo que sentía en la garganta.

Hacía unos segundos había estado a punto de perder el control bajo sus manos, de arriesgarse de

una manera que jamás habría imaginado. Darse cuenta de que su reacción había hecho que Antonio se hiciera ilusiones era mucho peor que haberle contado la verdad.

—¡No entiendes nada, Antonio! ¡Yo no soy como tú crees!

Antonio se rió.

—Entonces será que me lo he imaginado yo todo, ¿no? ¡De eso nada! Tu cuerpo estaba tan caliente como el mío y te apetecía tanto seguir como a mí.

—¡No! —mintió Rissa instintivamente, intentando abofetearlo.

Pero Antonio fue más rápido que ella y la agarró de la muñeca.

—Cuando la verdad duele, intentas silenciarla, ¿eh? Todas las mujeres sois iguales.

Rissa lo miró horrorizada y Antonio se volvió a reír.

—No pienso aprovecharme de la situación —declaró.

—¡Entonces, suéltame! —gritó Rissa—. Cuando me reúno con el señor Mazzini, lo hago única y exclusivamente por el bien del palacio. ¡No tienes ningún derecho a creer que hay algo más! —le advirtió.

Rissa estaba haciendo un gran esfuerzo para no ponerse a llorar, algo que no pensaba hacer delante de Antonio.

—Todo lo que hago lo hago por el bien de este sitio —añadió.

—No me vengas con ésas —se burló Antonio—. Las mujeres como tú decís que seguís un código de honor, pero no tenéis honor.

—¿Y cómo se supone que somos las mujeres como yo?

—Es evidente que eres la típica mujer de dinero que no duda en buscar más dinero cuando se te termina el que tienes. No tuviste suficiente con Luigi Alfere—Tiziano y ahora buscas a otro. Acabas de encontrar al señor Mazzini y ya te planteas una vida con él. Bueno, enhorabuena porque has hecho una buena elección. El hombre está viejo y no muy sano. Si tienes suerte, no tendrás que aguantarle mucho tiempo. Heredarás pronto. Cuando lo hayas hecho, te buscarás a otro tipo rico que te mantenga. Lo que sea con tal de no tener que trabajar. Eres un

auténtico parásito.

—¡No sabes lo que dices! —exclamó Rissa al borde de la furia—. No sabes absolutamente nada de mí y no te consiento que me hables así en mi propia casa cuando tú en lo único que piensas es en el sexo —le espetó antes de alejarse.

Una vez a solas en su habitación, Rissa se dejó caer sobre la cama y se preguntó cómo era posible que Antonio tuviera una imagen de ella tan distorsionada. Ella nunca había sido la típica rica que vivía tal y como había descrito su empleado. Por supuesto, se había visto reflejada en la parte del privilegio económico, pero ella era diferente.

Las mujeres de las que había hablado lo habrían despedido inmediatamente, pero a ella había tres cosas que se lo impedían: para empezar, Antonio era un jefe de obra maravilloso tal y como demostraba que, a pesar de que solamente llevaban unos cuantos días trabajando, sus obreros habían avanzado mucho. Para seguir, trabajaba gratis y, para terminar y lo más importante, le había demostrado que su cuerpo no era de piedra, tal y como ella había creído desde que se había casado con Luigi.

Rissa siempre había creído que la culpa había sido suya, pero ahora se estaba empezando a plantear que, tal vez, no hubiera sido así. Con la estimulación adecuada, respondía como una mujer apasionada y Antonio había reaccionado exactamente igual.

«Qué pena que no podamos seguir adelante explorando. Antonio tiene una imagen horrible de mí. Estar con él sería muy doloroso. No puedo volver a acercarme a él», se dijo.

Lo cierto era que resultaba realmente humillante la imagen que tenía de ella. El hecho de que la viera como a una cazafortunas sin escrúpulos la hizo llorar de rabia.

¡Y ella que creía que sus defensas contra los hombres eran inexpugnables! Antonio había sido el único que había estado a punto de dar al traste con su resolución, así que Rissa se prometió que no debía permitir que se volviera a acercar tanto porque corría el riesgo de que descubriera su doloroso secreto.

Capítulo 5

RISSA se arrodilló junto a las verjas del palacio Tiziano con la radio al lado. Estaba quitando las malas hierbas porque, aunque no podía poner el tejado nuevo ni sabía utilizar una máquina radial, sí podía echar una mano en dejar aquel lugar un poquito más presentable.

Desde que Antonio la había comparado con aquellas mujeres sin escrúpulos que él parecía conocer tan bien, Rissa había encontrado un millón de cosas que hacer. Todas ellas bien alejada de él, por supuesto. Trabajar mantenía su mente ocupada. Así, no pensaba en lo que había ocurrido.

Era casi mediodía y Rissa llevaba de rodillas desde las cinco de la mañana. Había vaciado tantas veces la carretilla que ya había perdido la cuenta. Lo único que la mantenía en acción era el recuerdo de las palabras de Antonio.

Había dado a entender que era una vaga y ella de vaga no tenía nada. Estaba decidida a demostrarle que estaba equivocado. Además, si no hacía nada para devolver el palacio a su esplendor, estaría en deuda con él y aquella idea no le hacía ninguna gracia.

Cansada por el agotador trabajo, Rissa decidió ir a cortar unas cuantas flores para hacer unos ramos para los salones. Diez minutos después, tras pasar a la cocina a buscar unas tijeras, volvía con un precioso ramo de rosas, romero, hojas de madroño y mirto.

Al doblar la esquina, se chocó de bruces contra Antonio y, al instante, pensó que debía de ser de los pocos hombres en el mundo que estaban increíblemente sexys con un mono de trabajo y casco de obra.

—¿Dónde estabas? Livia está esperando para servir la comida. Hay trabajos mucho más acuciantes que ir por ahí recogiendo florecitas —le espetó.

—¡Llevo toda la mañana quitando malas hierbas a cuatro patas! —exclamó Rissa indignada.

—Ya lo sé, pero hay cosas más urgentes que hacer.

—Para mí, que la fachada principal de la casa esté bien es muy urgente y, como no soy mano de obra

cualificada, algo que no creo que vayas a tardar en decirme...

—Efectivamente, no eres mano de obra cualificada, pero hay algo que puedes hacer. Las carpinterías exteriores necesitan un buen lijado, así que esta tarde te vas a encargar de hacer eso. ¿Has utilizado alguna vez una lijadora? —la increpó Antonio seguro de que, en cuanto le propusiera trabajo un poco duro, saldría corriendo.

—No, no he utilizado nunca una lijadora, pero, si me enseñas, estoy dispuesta a aprender.

Por supuesto, no era aquélla la respuesta que Antonio había esperado, pero consiguió disimular.

—Tienes que tener mucho cuidado para no romper los cristales. Cada uno cuesta doce euros —le advirtió.

Rissa tragó saliva.

Por supuesto, comió sin prisas, colocó las flores en varios floreros y los dispuso en los salones de la fachada principal y, por último, fue en busca de su instructor.

—Muy bien, aquí estoy —anunció—. A ver qué trabajo es ése tan urgente que quieres que haga.

Antonio decidió que no debía subestimar a aquella mujer, así que le enseñó exactamente cómo funcionaba la lijadora y lo que tenía que hacer.

—Eres rápida —tuvo que admitir sinceramente.

—No hace falta que lo digas como si te fastidiara —contestó Rissa intentando hacer las paces.

—Tengo muchas cosas que hacer. No me puedo quedar aquí charlando —rugió Antonio.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —contestó Rissa quitando con mucha satisfacción un buen trozo de pintura de uno de los balcones—. Hala, vete.

Antonio no acataba órdenes de una mujer desde que tenía quince años, así que se quedó deambulando por los alrededores por si Rissa necesitaba algo, pero no fue así. Al final, no tuvo más remedio que irse.

Una vez a solas, se dirigió a la caseta de obra donde tenía su ordenador y, desde allí, consultó las cotizaciones de la Bolsa. Todo iba bien. Eso quería decir que sus empleados tendrían una buena gratificación en Navidad.

Cuando sus empresas, repartidas por todo el

mundo, iban bien a Antonio le gustaba repartir las ganancias con todo el mundo, empleados y accionistas.

Si esos empleados y esos accionistas se hubieran enterado de que el dueño de la empresa estaba pasando las vacaciones de verano trabajando gratis en la reconstrucción de un palacio, no se hubieran extrañado.

Antonio no solía tomarse nunca vacaciones porque había crecido en una casa en la que no había dinero y en la que no se podían pagar vacaciones.

Eso había sido así hasta que un profesor había descubierto por qué no aparecía mucho por el colegio. El señor Dini había descubierto que Antonio tenía que trabajar en lugar de ir a clase. Aunque era pequeño, se había sentido en la obligación de hacer algo para ayudar a su madre viuda y a su anciana abuela. Gracias a Dios, tenía buenas manos y había podido encontrar trabajo aquí y allá siempre que lo había necesitado. Cuando su profesor había descubierto la situación, había convencido a la escuela para potenciar las habilidades manuales de Antonio.

Aquella confianza había hecho que a los diecinueve años Antonio se pudiera comprar su primera casa. Ahora, aunque tenía muchísimo dinero, no olvidaba jamás lo que era no tenerlo. Por eso, de vez en cuando, le gustaba trabajar con las manos. Le resultaba mucho más gratificante que dar órdenes. Trabajar con las manos era mucho más divertido.

Además, formar parte de la cuadrilla de trabajo encargada de la reforma del palacio Tiziano tenía el aliciente de saber que, tarde o temprano, la propiedad volvería a él completamente reformada.

Se lo debía a sus antecesores. Tenía que cuidar de su hogar. Sabía que su familia había vivido allí desde el tiempo de los romanos. Tal vez, desde antes de los etruscos. Además, Antonio no se sentía en deuda en absoluto con la familia Alfere. Aquella familia había tenido suerte. Había sido una de las familias que habían hecho fortuna gracias a la guerra.

En cuanto a la condesa... hacerse también con ella sería una venganza de lo más dulce. Era lo

mínimo que aquellos prepotentes de los Alfere se merecían. Además de vengar su honor familiar, pasaría un buen rato y le enseñaría una lección a aquella mujer.

Cuando los obreros se paraban a mirarla, Antonio no podía evitar sentir una mezcla de posesividad y un instinto casi animal. Saber que la mujer con la que se tenía que acostar para asegurarse el gran premio, el palacio, era objeto de los deseos de otros hombres lo excitaba todavía más.

El problema era que aquella mujer era una ladrona. Se había hecho con aquella casa al quedarse viuda, lo que no era ningún derecho en realidad, y ahora parecía que no tenía ninguna intención de soltarla. Mientras se tomaba un café, Antonio pensó que también era una ladrona de emociones, pues inspiraba en él un potente cóctel de sentimientos. Muchas mujeres lo excitaban físicamente, pero la condesa Alfere—Tiziano lo enfurecía y lo seducía a la vez.

Ninguna otra mujer lo había afectado tanto y aquello lo hacía sentirse incómodo.

Rissa se acercó nerviosa a la caseta de obra en la que estaba Antonio y llamó a la puerta. Cuando Antonio le dijo que pasara, Rissa dudó. Fueron sólo unos segundos, pero Antonio se impacientó y abrió la puerta.

—¿Por qué no llevas el casco? —la reprendió al instante.

—Me lo acabo de quitar para venir aquí —contestó Rissa—. Hace mucho calor y ahora no estoy trabajando.

—Ya, pero estás en un edificio en obras y debes cumplir las normas de seguridad.

Rissa lo miró furibunda y se giró dispuesta a irse.

—¡Espera! —le dijo Antonio agarrándola del brazo.

—Iba a buscarlo —contestó Rissa—. Sólo venía para ver si querías venir a ver lo que había hecho.

—No estamos en la universidad, condesa —respondió Antonio—. Yo no soy el profesor y no te voy a poner nota. Si a ti te parece que tu trabajo está bien hecho, ya está. Eres responsable de tus acciones. Además, ésta es tu casa. Yo lo único que hago es

asegurarme de que las cosas vayan bien y de que la obra avance a buen ritmo... siempre y cuando no me interrumpan, claro —le espetó Antonio.

Rissa le iba a contestar en el mismo tono cuando vio que Antonio desviaba la mirada. Al seguir la dirección de sus ojos, comprobó que estaba mirando a Donna, la joven morena con la que lo había visto en el mercado.

La recién llegada avanzaba hacia ellos ataviada con una camisa blanca que dejaba sus hombros y su tripa al descubierto, pantalones bajos y unas gafas de sol enormes.

Cuando la tuvo más cerca, Rissa se dio cuenta de que tenía el pelo muy mal cuidado, como si se hubiera hecho la permanente varias veces. A Antonio no parecía molestarle ese detalle. Por lo visto, él sólo tenía ojos para sus pechos, perfecta e imposiblemente colocados.

—¡Antonio, cuánto me alegro de verte! ¡Si llego a subir hasta aquí, con lo que me ha costado, y me encuentro que no estás...! —exclamó.

Rissa se percató de que la jovencita la ignoraba por completo.

—Enrico da una cena esta noche y he venido a invitarte.

Antonio sonrió.

—Supongo que tu invitación se hará extensible a mi dienta, la condesa.

La mujer miró a Rissa con aire desafiante, como retándola a aceptar si se atrevía.

—Lo cierto es que yo esta noche tengo cosas que hacer —sonrió Rissa.

Prefería dedicarse a quitar la pintura de las venecianas que a observar durante horas cómo Donna le ponía ojitos de cordero degollado a Antonio.

—En ese caso, iré encantado —contestó Antonio mirando a Donna de una manera que hizo sonrojarse a Rissa.

Donna se limitó a girarse para irse.

—Te esperamos sobre las nueve, Antonio. ¡Ciao! —se despidió.

—Ciao —contestó Antonio diciéndole adiós con la mano y fijándose en su precioso trasero.

—A lo mejor habría sido más fácil llamarte por

teléfono que subir hasta aquí con esos tacones —observó Rissa.

—Sí, sin duda, pero entonces la experiencia no habría sido tan placentera para ninguno de los dos —sonrió Antonio.

«A mí no me ha parecido placentera en absoluto», pensó Rissa mientras volvía a su trabajo.

Era obvio que Antonio era un misógino insoportable. A lo mejor a Donna le gustaba aquel tipo de hombres, pero ella los quería bien lejos.

Si era así, ¿por qué le molestaba tanto que Antonio y Donna se mirasen como se miraban?

Antonio nunca había necesitado dormir mucho. A la mañana siguiente, ya andaba haciendo cosas antes de la salida del sol. Al acercarse a su precioso palacio, se quedó a unos cuantos metros de la fachada principal, estudiándola.

Los incipientes rayos solares dejaban ver la madera anaranjada de las contraventanas. Antonio se acercó para comprobar si Rissa había dañado algo, pero no era así. Desde luego, la chica había ido con mucho cuidado.

El palacio estaba quedando fenomenal. Era un edificio precioso y sus alrededores no hacían sino resaltar su belleza. La condesa había hecho un buen trabajo y había demostrado que tenía visión del negocio.

Desde luego, aquel ratoncito inglés tenía talentos ocultos.

Antonio se acercó a uno de los ventanales y observó el interior del salón. Rissa había llenado un florero antiguo de rosas y lo había situado sobre una mesa francesa de madera. Por supuesto, antes de colocarlo, había puesto una tela para proteger la madera del agua. No en vano parecía una mesa estilo Louis XVI.

En su urgencia por mejorar el palacio, Rissa debía de haber estado quitando el polvo durante mucho tiempo sólo en aquella estancia, porque estaba deslumbrante. Aquella zona era una de las áreas del palacio que mejor conservadas estaban y, evidentemente, Rissa se estaba esforzando todo lo que podía en resaltarla.

Antonio se apartó del cristal y se paseó por el

resto de la planta baja. Livia no entraba a trabajar hasta dentro de una hora y sospechaba que Rissa no aparecería antes. Debía de haberse acostado tarde para acabar de quitar la pintura de las puertas.

Antonio sonrió encantado.

Seguro que el trabajo la había ayudado a aplacar su frustración sexual.

A continuación, se dirigió al barracón prefabricado que hacía las veces de oficina de obra y conectó el ordenador portátil.

Mientras miraba las cotizaciones, pensaba en la imagen que la prensa le había vendido de Larissa Alfere—Tiziano. Según ellos, era una mujer sin muchas luces que había tenido suerte. Basándose en eso, la empresa de Antonio le había hecho dos buenas ofertas por el palacio.

La primera sorpresa había sido que las hubiera rechazado y la segunda que no hubiera salido corriendo del palacio ni por las historias que le había contado ni por su decrépito estado.

Si no podía conseguir que se fuera por miedo ni convencerla para que vendiera y poder tener acceso a aquella casa que era suya por derecho, solamente le quedaba un camino por seguir, pero el incidente de la crema solar le había hecho dudar.

¿Qué demonios le pasaba a aquella mujer? Era obvio que lo deseaba tanto como él a ella y, de repente, había subido las barreras y no le había pillado los dedos, u otra cosa mucho más dolorosa, de milagro.

Antonio se quedó pensativo.

Rissa era viuda, una mujer que no le debía ningún tipo de explicaciones a nadie, que podía hacer con su vida lo que quisiera y era obvio que la idea de mantener una relación sexual sin ataduras le había atraído, pero, cuando había llegado la hora de la verdad, algo le había hecho echarse atrás.

Antonio hizo una mueca de disgusto al recordar la cena en casa de Enrico Mazzini. Desde luego, Donna podría aprender a controlarse como la condesa inglesa pues, al amparo del mantel, le había plantado los pies sobre el regazo desde los aperitivos hasta el licor.

Aquella cena había sido muy clarificadora para

Antonio en muchos sentidos. Por una parte, Mazzini había podido disimular a duras penas su enfado al encontrárselo en su casa. El administrador no había parado de decir durante toda la velada que Donna había invitado a Antonio en lugar de a la condesa por error. Además, se había pasado toda la cena refiriéndose a Antonio como «nuestro amigo el albañil».

A Antonio no le había importado ni lo uno ni lo otro. Más bien, le había divertido. Además, le había dado la posibilidad de comprobar que Mazzini estaba tan decidido como él a hacerse con el palacio. Evidentemente, la invitación que Donna había ido a hacer al palacio era para la condesa y no para él.

Ninguno de los invitados a la cena tenía idea de lo que era el trabajo físico. Se notaba porque sus manos estaban perfectamente cuidadas. Todo se les había dado desde la cuna. No se habían ganado realmente nada de lo que tenían.

Aquello le hizo pensar que, tal vez, Rissa se había apartado de él al sentir sus manos callosas y esa idea le hizo apretar los puños.

Tras apagar el ordenador, se preparó el primer café del día. Mientras se lo bebía, se fijó en que había un papel en el suelo. Al recogerlo, comprobó que se trataba de una nota en la que la condesa ponía por escrito una lista de cosas que se le habían ocurrido para mejorar el palacio.

Mientras iba leyendo, Antonio enarcó las cejas y sintió una gran estupefacción. Rissa quería convertir el palacio en un lugar que diera dinero. A Antonio no le hacía ninguna gracia imaginarse aquel lugar lleno de gente, pero admitía que las ideas de Rissa eran imaginativas.

Para empezar, quería que la gente del pueblo hiciera sugerencias sobre el futuro de la casa. Eso demostraba su ingenuidad, pero también su buena fe. Además de título, aquella chica tenía agallas y no le daba miedo utilizar la cabeza ni las manos.

Aparte de la lista, también había algunos dibujos. Rissa quería convertir los edificios que había dispersos por la propiedad en talleres de artesanía, tiendas especializadas e incluso quería poner un cibercafé en lo alto del campanario.

Antonio tenía sus dudas.

Monte Piccolo era un lugar de vacaciones, pero los soñadores que quisieran instalarse allí para hacer jabón casero u otros productos artesanales no tendrían ventas más que en verano. Lo del cibercafé no estaba mal pensado, pero el edificio que Rissa proponía estaba a casi un kilómetro colina arriba. La gente querría ir en coche, lo que sería un caos, sobre todo cuando lloviera.

Al leer la tercera idea de Rissa, le dio por reír. Pretendía abrir una cafetería de estilo inglés y un vivero. Antonio había pasado mucho tiempo en el Reino Unido y sabía que su comida era bastante mala, así que no creía que los italianos fueran a morirse por ella. En cuanto al vivero, la gente de por allí estaba acostumbrada a hacer injertos y a tener sus propias plantas y semillas. ¡Jamás las compraban!

La última idea de la condesa hizo que Antonio suspirara. Por supuesto, se había dado cuenta de que además de flora, el palacio contaba con una fauna maravillosa y, precisamente por eso, para preservarla, quería que el palacio Tiziano fuera declarado Reserva de la Naturaleza. Así, los visitantes tendrían oportunidad de avistar aves desde escondites especialmente diseñados, de comprender cómo vivían ciertos animales, etcétera.

Aquello sonaba muy parecido al sueño de Antonio, que consistía en tener una casa muy cerca de la Naturaleza para poder escaparse de vez en cuando de su vida de constructor multimillonario.

En los días que llevaba allí trabajando, ya había experimentado la magia de aquel lugar, así que ¿por qué otras personas no iban a querer hacerlo?

«Porque ésta es mi casa y no pienso permitir que la gente entre aquí como si fuera la suya», pensó.

Antonio volvió a leer la nota y se dio cuenta de que, a pesar de que las ideas de la condesa eran estupendas, no parecía estar muy segura. Obviamente, le había entregado la lista esperando su aprobación. Aquello lo hizo sonreír encantado. Debía de estar nerviosa. De lo contrario, ¿por qué buscaba el consejo de un desconocido?

Antonio se quedó pensativo.

Por lo visto, la condesa necesitaba dinero.

Primero había vendido parte de su ropa y ahora quería utilizar el palacio como fuente de ingresos. Al no conocer a nadie por allí, no tenía más remedio que preguntarle a él. Donna le había dicho que

Mazzini le había comentado que ya le había advertido un par de veces a la condesa que aquel jefe de obra no era de fiar.

Teniendo en cuenta todo aquello, era curioso que de todas formas le pidiera consejo. Una mujer así de desesperada, seguro que caería tarde o temprano en sus redes y él estaría esperando encantado para tomar posesión tanto de ella como del palacio.

A lo mejor tardaba un tiempo en producirse aquella situación, pero Antonio no tenía prisa. Además, disponía del dinero que Rissa necesitaba. Lo único malo era que, a lo mejor, la condesa quería casarse.

Aun así, el sacrificio merecería la pena. En cuanto le hubiera cortado el grifo del sexo y del dinero, la condesa pediría el divorcio rápidamente. Entonces, sus abogados estarían bien preparados y dejarían a más de uno con la boca abierta.

La idea de vengarse de la familia Alfere le hizo sonreír y la posibilidad de hacerlo a través de una relación con una condesa tan guapa le hizo sonreír todavía más.

Su plan era infalible.

Capítulo 6

RISSA había estado tan absorbida por su trabajo en el exterior de la casa, que aquella noche apenas había dormido y se había despertado nada más amanecer dando un respingo porque estaba soñando que alguien la espiaba.

Tras quedarse unos momentos en silencio comprobando que solamente había sido un sueño, se levantó rápidamente, pues quería ponerse manos a la obra cuanto antes. Tras ducharse con agua prácticamente fría pues el calentador funcionaba fatal, bajó a la cocina y se puso a preparar cosas.

En un par de horas, el palacio olía a pan recién hecho. Rissa había preparado varias bandejas de canapés para la hora del té. Al oír la puerta a sus espaldas, habló sin levantar la mirada del horno.

—Lo siento mucho, Livia, me hubiera gustado tenerlo todo recogido para cuando llegaras.

—No soy Livia. Soy yo.

Al oír la voz de Antonio, Rissa dio un respingo y se giró dispuesta a enfrentarse a él, pero se encontró con que Antonio estaba ocupado observando todos los dulces que Rissa había preparado y que estaban sobre las encimeras.

—Tenía intención de hacer pruebas para ver si a la gente de por aquí le gusta... claro que, como supongo que todavía no te habrás pasado por tu oficina, no sabrás de lo que te hablo.

—Sé perfectamente de lo que me hablas porque ya me he pasado por la oficina. Me he levantado mucho antes de que saliera el sol.

—¿Ah, sí? —contestó Rissa sospechando que allí había gato encerrado.

—Sí y te aviso que tu idea no creo que tenga mucha aceptación en Italia porque aquí sabemos comer de verdad —contestó con desprecio—. Voy a probar una de estas cosas que has hecho —le indicó señalando un merengue.

Rissa asintió.

—Desde luego, esta comida es mucho mejor que la que yo recuerdo haber probado en Inglaterra —admitió Antonio—. Tu frustración sexual debe de haberte

hecho canalizar la energía hacia otras cosas.

—¿Mi qué? —se indignó Rissa.

—Ya sabes a lo que me refiero —contestó Antonio deslizando los dedos entre una bandeja de medias noches de queso y otra de magdalenas de arándanos—. Cuando estuvimos juntos el otro día, te arrepentiste en el último momento por... la verdad es que no sé por qué. Desde entonces, no sabes en qué emplear tu energía. Supongo que por eso has quitado la pintura de las puertas tan bien. Debe de ser porque, como hace tiempo que no te desnudas para un hombre, te has tenido que conformar con desnudarlas a ellas de pintura. En cuanto a toda esta comida... parece una especie de ritual de fertilidad frustrada o algo así...

—¡No digas eso!

—¿Por qué? ¿Acaso es verdad?

—Tú crees que todo lo haces bien, ¿no? ¿Por qué no iba a poder hacerlo yo igual de bien? ¿Por qué no iba a tener yo la misma intención cuando me pongo con algo?

—Porque conozco a las mujeres.

—No, a mí no me conoces de nada.

—¿Ah, no? Vas a agasajar a mis hombres con todas estas cositas buscando caerles todavía mejor de lo que les caes —la acusó Antonio.

—No necesito agasajar a nadie porque no busco caerle bien a nadie —se defendió Rissa con demasiada vehemencia.

Aquello alertó a Antonio inmediatamente.

—Puede que sea cierto que no necesitas ninguna estimulación mental, pero físicamente la deseas. El otro día, me deseabas. Confiésalo.

—No tengo intención alguna de confesarle nada a nadie y menos a ti, Antonio. Si me perdonas, tengo muchas cosas que hacer. Para empezar, dejar la cocina recogida antes de que llegue Livia —le dijo echándose el trapo al hombro y girándose hacia la tetera que estaba hirviendo en el fuego.

No oyó que Antonio saliera de la cocina, pero su sexto sentido le dijo que estaba a solas de nuevo.

—Me da igual lo que digan otras personas, pero, desde luego, señora, está haciendo un trabajo maravilloso —le dijo el ama de llaves mientras

ayudaba a Rissa a distribuir los bizcochos en las bandejas.

—¿Me estás diciendo que hay alguien que no está de acuerdo con mi forma de actuar?

Livia sonrió incómoda.

—Bueno, verá, para el señor Isola esta casa significa mucho —contestó.

—Estupendo, pero él es sólo el jefe de obra y ésta es mi casa.

—Sí, pero porque la familia de su marido se hizo con ella de manera ilegal... —le explicó Livia.

En aquel momento, alguien entró en la cocina. Era Antonio.

—He venido a ver si la condesa está disponible para trabajar hoy —anunció.

Aunque sus palabras iban dirigidas a Rissa, estaba clavando su mirada en el ama de llaves.

—Lo cierto es que tenía intención de seguir limpiando el salón principal —contestó Rissa sin prisas, chupándose un poco de mermelada de naranja amarga de un dedo.

—Muy bien, condesa. Si le sobra tiempo, por favor acuda a buscarme porque hay un montón de cosas que podría ir haciendo.

Cuando llegó el momento de dar a probar a los obreros lo que había estado cocinando, a Rissa le entraron los nervios, pero se dijo que tenía que hacerlo. Aquél era el tipo de personas que quería atraer al palacio.

Aprovechando que hacía mucho calor, Rissa decidió ofrecerles limonada y bizcochos caseros, así que se vistió con cuidado, teniendo en cuenta que iba a servir a hombres italianos. Tras ponerse una blusa de manga larga y una falda por la rodilla, se dirigió al exterior.

Antonio tomaba café en su barracón todas las mañanas a las once en punto. Aprovechaba aquel rato para ocuparse de los asuntos urgentes, así que Rissa sabía que iba a estar fuera de circulación durante aproximadamente una hora, tiempo más que suficiente para llevar a cabo su estudio de mercado.

Al salir al jardín con una bandeja de delicatesses, los obreros la miraron, como hacían siempre que pasaba cerca. Cuando se dieron cuenta de

que iba hacia ellos directamente, sonrieron encantados.

—Bueno, esto es para que repongan fuerzas mientras hacen un descanso —anunció Rissa dejando la bandeja—. Seguro que al señor Isola no le importará que se tomen un rato para probar la comida inglesa.

—Anda, limonada —comentó uno de los obreros—. ¿Pero en Inglaterra saben lo que es la fruta fresca?

El grupo le rió la gracia.

—Les sorprendería saber que sí. Las galletas de queso llevan hierbas aromáticas del jardín y las tartaletas son de fresas de verdad, de aquí, del palacio también —contestó Rissa sonriendo.

Los obreros alargaron el brazo y, bajo su atenta mirada, fueron probando las delicias que había preparado. Rissa prefirió mantenerse a una distancia prudencial. No por la diferencia de clases sociales, sino porque todos los comentarios no iban dirigidos a la comida. Lo cierto era que la forma en que la miraban la hacía sentirse incómoda.

Los hombres no tardaron en vaciar las bandejas y no dudaron en alabar tanto la limonada como la comida.

Rissa se sintió muy orgullosa de sí misma. Aquello le iba bien a su autoestima, completamente destrozada desde el mismo instante en que se casó con Luigi. En su mundo, las mujeres no debían hacer nada, sólo estar guapas y dar hijos. Luigi se habría reído de ella si se le hubiera ocurrido decirle que podía ganarse la vida ella sólita.

«Yo he nacido para hacer esto», pensó Rissa de repente.

—Estaba todo delicioso —comentó uno de los hombres poniéndose en pie—. ¿Quiere que le lleve la bandeja dentro, condesa? —añadió en su mejor inglés.

—Gracias, no es necesario —contestó Rissa con educación, pues se estaba dando cuenta de cómo la estaba mirando.

—Bueno... y... ¿no podría usted encontrar algo mejor que hacer conmigo ahí dentro?

El albañil acababa de dejar muy claro lo que estaba buscando y Rissa sintió náuseas. ¿Por qué

todos los hombres la miraban y pensaban en el sexo? ¿Sería culpa suya? Eso era lo que siempre le había dicho Luigi. Las palabras que había utilizado en su luna de miel todavía le dolían.

Aquella vieja pesadilla se veía reemplazada por una nueva. El chico se estaba acercando peligrosamente a ella. Rissa sentía su aliento sobre la piel. Al girarse, vio que Antonio los estaba mirando desde la puerta de su oficina.

«Qué típico de una extranjera», pensó Antonio enfadado.

Lo cierto era que, más que desprecio, sentía rencor y aquella sensación lo molestaba sobremanera. ¿Cómo había permitido que aquella mujer le gustara tanto?

Sin pensarlo dos veces, salió al jardín y les ordenó a los hombres que volvieran al trabajo. Su primera idea fue despedir a Cario, pero se dijo que aquello no resolvería nada, pues la que se había comportado de manera reprobable había sido Rissa.

—Vuelve al trabajo inmediatamente —le dijo a Cario, que se apresuró a obedecer—. Condesa, ¿cómo permites que sucedan cosas así?

Antonio la acababa de salvar, pero Rissa no tenía intención de permitir que le hablara de aquella manera.

—Los empleados me estaban ayudando a probar las recetas que quiero vender en la cafetería.

Desde luego, aquella chica tenía agallas.

«Las va a necesitar», pensó Antonio. «También va a necesitar decisión si lo que pretende es trabajar tan duro como yo».

—¿Pero es que no te has dado cuenta de que no puedes aparecer en público con esa ropa?

—¿Cómo? —se horrorizó Rissa.

—La falda se te transparenta por completo a la luz del sol. En cuanto he salido de la oficina, lo primero que he visto han sido tus piernas. No me extraña que Cario se acercara a ti.

Sus palabras afectaron a Rissa mucho más de lo que había anticipado, pues se sonrojó de pies a cabeza.

—¡Me voy a cambiar! —anunció.

—Ya me ocupo yo de la bandeja —contestó Antonio.

Antes de entrar en la casa, miró a su alrededor pues no quería que los obreros creyeran que la actitud de Cario lo había enfurecido aunque, en realidad, prefería no pararse a pensar lo que aquel episodio le había hecho sentir.

Una vez dentro de la casa, encontró la cocina vacía. Tras dejar la bandeja allí, se dirigió a buscar a Rissa. Encontró la puerta de su suite cerrada. En otras circunstancias, no habría dudado en abrirla sin pedir permiso y en abalanzarse sobre la mujer a la que deseaba, pero, después de lo que había pasado entre ellos, no estaba tan seguro de cómo proceder, así que llamó a la puerta educadamente.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Rissa al abrir.

—No es lo que crees —la tranquilizó Antonio—. Solamente he venido a hacerte una advertencia.

Rissa lo miró a los ojos y vio que no había fuego en ellos, sólo sincera preocupación. Aun así, le parecía el hombre más guapo del mundo.

—Estoy preocupado por tu bienestar, condesa.

Rissa sintió que se derretía. Hacía años que un hombre no se preocupaba por ella y aquello la llevó a preguntarse cómo se sentiría si Antonio la protegiera.

—Una mujer en tu posición debe tener mucho cuidado con su reputación, condesa, porque es reflejo de la dignidad de esta casa —le explicó Antonio deslizando su mirada por el cuerpo de Rissa —. Menos mal que te has cambiado de falda. La que llevabas antes era tan transparente que te hacía parecer una fresca.

—¿Cómo te atreves? —le espetó Rissa saliendo de su ensoñación.

En aquel momento, una voz los interrumpió.

—¿Antonio? Me han dicho que estabas por aquí y he subido a buscarte —dijo Donna subiendo por las escaleras—. Esta casa está hecha un asco —añadió pasando los dedos por la barandilla llena de polvo.

—Lo siento mucho, Donna, pero ésta es una casa privada y no está preparada todavía para recibir visitas —explicó Rissa girándose y desapareciendo en dirección a la habitación donde Livia estaba pasando el aspirador, dejando a Antonio y a Donna a solas

para que trataran sus asuntos privados tranquilamente.

—Vaya, veo que estaba hablando con el señor Antonio de nuevo —comentó el ama de llaves al verla.

—¿Cómo lo sabes? —se extrañó Rissa.

—Muy fácil, porque tiene las mejillas sonrosadas, señora —contestó Livia chasqueando la lengua.

—Eso es porque me hace enfadar constantemente.

—No es tan malo. Lo único que necesita es una esposa que le endulce un poco la vida, una chica de por aquí que lo tranquilice y le prepare buenas comidas.

—Ni una santa podría aplacar a ese hombre —suspiró Rissa acercándose a la ventana.

Desde allí, vio que Antonio estaba acompañando a Donna a su coche. Al recordar lo que Livia le acababa de decir, sintió un profundo resentimiento. Donna era una chica de por allí y estaba claro que Antonio era un hombre muy tradicional.

Aunque se sentía poderosamente atraída por él sexualmente, su actitud hacia ella le impedía dar un paso hacia delante.

«¿Y a mí por qué me importa lo que ese hombre piense de mí? No puedo dejar que me ofendan sus palabras. Además, no tengo ninguna intención de tener nada serio con él, sólo sexo», se dijo.

Sin embargo, cada vez que lo veía con Donna, se sentía fatal. ¿Serían celos porque hacían buena pareja y ella se sentía muy sola o sería que el monstruo de ojos verdes también tenía algo que ver con aquello?

Rissa prefería no saber la respuesta.

Rissa se pasó el resto del día limpiando los retratos familiares. Aunque Antonio se hubiera mostrado despectivo al respecto, a ella le reportaba una extraña seguridad saber que provenía de un largo linaje de supervivientes... aunque fueran en realidad parientes de su marido.

A media tarde, se colocó en el centro del salón para admirar la limpieza que había llevado a cabo. Los cuadros necesitarían una buena restauración cuando pudiera pagarla, pero, de momento, la cera que había aplicado a los marcos los había dejado de

maravilla.

De repente, oyó pasos en las escaleras. Conocía perfectamente aquellos pasos. Antonio iba a entrar en la casa. Aquello hizo que se le acelerara el corazón y se le secara la boca. ¿Cómo era posible que aquel hombre la afectara tanto cuando la trataba tan mal?

En el gimnasio al que solía ir cuando vivía en Manhattan, había oído a menudo a otras mujeres decir que acostarse con los empleados era lo mejor porque no había ningún tipo de atadura.

Eso lo debían de decir porque nunca se habían encontrado con un empleado como Antonio y estaban acostumbradas a ser ellas las que llevaban las riendas de la relación. Así, si el empleado en cuestión causaba algún problema o se pasaba de la raya, lo despedían y listo.

Rissa era consciente de que ella no podría despedirlo porque dependía demasiado de él. Se había dicho en más de una ocasión que lo necesitaba más como jefe de obra que como amante, pero, en aquella ocasión, al verlo entrar en el salón, no estuvo tan segura.

—Condesa, ven conmigo. Quiero que des el visto bueno a los planos que he hecho para la remodelación de los edificios de fuera —anunció abruptamente.

—Me sorprende que no lo hayas hecho tú solo —contestó Rissa saliendo al jardín por la puerta que Antonio le tenía abierta.

—Yo he hecho el diseño, así que me gustaría que tú tuvieras la última palabra.

—Después de cómo me has criticado esta mañana, hubiera pensado que te habrías fiado más de la opinión de tu misteriosa amiga Donna —le espetó Rissa.

—Donna no tiene nada de misteriosa —contestó Antonio saliendo de la casa.

Al dar la vuelta a la esquina, Rissa se paró en seco al ver un espectacular Ferrari Scaglietti rojo aparcado junto a la oficina.

—¡Madre mía! —exclamó—. ¿Es de uno de nuestros empleados?

—No, no creo que ellos se pudieran permitir un coche así —contestó Antonio—. Es mío —añadió

acercándose al coche y deslizando la mano sobre su pintura impecable.

—¿Trabajas en la construcción y llevas un coche así?

—Sí, gano mucho dinero —contestó Antonio sin dejar de acariciar el deportivo.

—Bueno, yo voy a ir entrando en la oficina a ver los planos —anunció Rissa.

—Ahora mismo voy —contestó Antonio—. Por cierto, luego tendré que acercarme a Florencia. ¿Te quieres venir conmigo? Dijiste el otro día que necesitabas una buena tienda de ropa, ¿no?

—Sí, tengo que vender un montón de cosas —contestó Rissa—. Si quiero construir todos estos edificios que tú has diseñado, voy a tener que vender ropa y muchas cosas más para tener dinero suficiente.

—Entonces, lo decías en serio... lo de vender la ropa no era una broma —se extrañó Antonio.

—Lo digo completamente en serio —le aseguró Rissa saliendo de la oficina tras haberles echado un vistazo a los planos—. El palacio necesita dinero y tengo que conseguirlo como sea.

—Muy bien, pues mete en bolsas toda la ropa que quieras vender y yo te llevo a Florencia sin problema.

—¿En ese coche? No va a caber nada.

—No te preocupes por eso, conseguiré otro —contestó Antonio alejándose.

Al cabo de un rato, la estaba esperando en la puerta principal con una furgoneta blanca. Rissa enarcó las cejas y le fue pasando las bolsas de la ropa.

—¿Vas a conducir una furgoneta de albañil?

—¿Por qué no? Soy un albañil.

Rissa le pasó toda la ropa, que Antonio acomodó perfectamente en la parte trasera de la furgoneta.

—¿No preferirías que condujera yo, Antonio?

—No, claro que no —contestó Antonio—. De ahora en adelante, vamos a hablar en italiano. Tengo que ver cómo te manejas con nuestra lengua para ver si te puedo dejar sola haciendo negocios.

Rissa se subió a la furgoneta y no tuvo apenas tiempo de ponerse el cinturón cuando Antonio ya la

estaba bombardeando con preguntas en italiano. Durante todo el trayecto, la hizo hacer cálculos mientras él conducía a toda velocidad. Rissa agradeció llegar a la zona peatonal de la ciudad de Florencia, donde Antonio dejó la furgoneta aparcada.

—Bueno, ¿qué tal lo he hecho? Livia dice que cada vez hablo mejor.

—Tu nivel de italiano es adecuado, pero no lo suficientemente fluido, así que te voy a tener que acompañar. No te preocupes por nada. Tú déjame hablar a mí y ya verás. Conseguiré mucho dinero.

—¿Seguro?

—¿Te crees que pagué lo que en realidad costaba el Ferrari? —sonrió Antonio acercándose a ella—. Por supuesto que no. Déjame a mí.

Dos horas después, Antonio agarró a Rissa por el codo y salieron rápidamente de la última tienda.

—¡Cincuenta mil euros! —exclamó Rissa una vez en la calle.

—Shhh. —la calló Antonio poniéndole un dedo sobre los labios.

—Eso son... —añadió Rissa bajando la voz y calculando rápidamente en libras—. Más que suficiente para mantener el palacio en marcha durante bastante tiempo y para pagarles a mis padres lo que les debo.

—¿Cuánto les debes?

—Prefiero no hablar de eso. Es una deuda de honor. Seguro que tú, como buen italiano, lo entenderás.

Antonio se quedó observándola atentamente. No esperaba que una chica que se había casado con un miembro de la familia Alfere supiera lo que era el honor. A Antonio le gustaba tenerse por un hombre que sabía calar a la gente, pero estaba empezando a plantearse que, tal vez, a ella la había juzgado demasiado rápidamente.

Estaba un poco perdido, pues él nunca pedía perdón ya que jamás se equivocaba. Se encontraba en territorio desconocido y no sabía qué hacer.

—Te invito a tomar algo para celebrarlo, condesa —anunció.

—No, invito yo. Después de todo el dinero que he

conseguido gracias a ti, es lo mínimo que puedo hacer. ¿Qué te parece si compramos algo y nos lo tomamos en el camino de vuelta a casa?

—¿Sabes lo que de verdad me apetece tomarme? Un sándwich enorme de beicon con mucho kétchup —sonrió Antonio—. Después de un duro día de trabajo, me suele apetecer algo así.

Rissa suspiró.

—A mí también. De vez en cuando, esa comida basura me sienta de maravilla. Es una pena que Florencia sea tan sofisticada que no haya ningún local de comida basura.

—Tengo un buen amigo, Ricardo, que trabaja en el hotel Excelsior —comentó Antonio—. Siempre tiene comida basura porque los turistas ingleses y estadounidenses necesitan de vez en cuando su dosis.

A continuación, llamó por teléfono y veinte minutos después estaban los dos plácidamente instalados en una maravillosa suite que parecía un paraíso y en la que olía a flores recién cortadas.

—¡No podemos hacer esto! —dijo Rissa mientras Antonio cerraba la puerta tras despedirse de su amigo Ricardo.

—¿Por qué no? Conozco a la persona que está hospedada en esta habitación y sé que no le importará lo más mínimo que la utilicemos durante un rato —la tranquilizó Antonio.

A continuación, levantó la tapa de una bandeja y dejó al descubierto pan blanco con beicon frito. Al lado, había dos cuencos de porcelana con cucharas de plata que contenían el kétchup.

—Todo esto se me hace muy raro. ¿Cómo es que tienes tantos amigos en puestos tan altos, Antonio?

—Bueno, tengo uno o dos, pero te aseguro que, si el señor Mazzini puede hacer algo, yo lo puedo hacer mucho mejor.

—No te cae nada bien el administrador, ¿eh?

—No piensa en el bien del palacio Tiziano —contestó Antonio.

—¿Y tú sí?

—Esa pregunta sobra.

—Tienes razón —recapacitó Rissa—. A veces, pienso que te interesa más la casa que yo... quiero decir,

que lo que yo quiero hacer con ella —se apresuró a corregirse.

—El palacio Tiziano y la tierra que lo rodea es parte de la herencia de mi familia. En cuanto a ti, eres una mujer increíblemente guapa. Mientras las empleadas de las tiendas estaban admirando tu ropa, no he podido evitar preguntarme cómo te quedaría. ¿Cuál era tu prenda preferida?

—El vestido largo de terciopelo negro —contestó Rissa sin dudar.

—¿El de escote palabra de honor?

Rissa asintió. En ese momento, se le escurrió por la mano una gota de mantequilla del sándwich. Rissa lo dejó sobre el plato y alargó el brazo para agarrar una servilleta de papel, pero Antonio fue más rápido, la tomó de la muñeca y siguió la estela de la gota de mantequilla con la punta de la lengua.

—No, no hagas eso. No me gusta —lo reprendió Rissa retirando la mano.

—Claro que te gusta. Eres una mujer increíblemente sensual. Ya me di cuenta el otro día. Hacer el amor sobre la hierba al aire libre a lo mejor no te apetecía mucho porque estábamos en el palacio, aunque te aseguro que te perdiste algo muy bueno, pero hoy no hay excusas, Larissa. A excepción de mi amigo Ricardo, nadie sabe que estamos aquí —insistió tomándole la mano de nuevo y besándole los dedos sin dejar de mirarla a los ojos.

—No puedo —imploró Rissa.

Antonio sonrió.

—Claro que puedes y lo vas a hacer porque es lo que yo quiero y lo que tú quieres —insistió Antonio haciéndola estremecerse.

—No, no, de verdad... yo no quiero... no deseo eso y, menos, contigo... yo sólo... con mi marido... ya sabes...

—¿Ya sé qué?

—Que Luigi fue mi primer...

¿Qué decir? ¿Amante? No, la frustración de su marido y la inexperiencia de ella les había robado aquella posibilidad, así que Rissa eligió otra palabra.

—Fue mi primera pareja.

—Pero no será la última —contestó Antonio—. Te he juzgado mal en muchas cosas y te pido perdón por ello, pero te aseguro que no me he equivocado cuando he detectado la necesidad que hay entre nosotros. Nos deseamos. No lo niegues.

Antonio estaba hablando sobre los profundos deseos que hacían que su cuerpo se estremeciera como si fueran simplemente un proceso biológico. Rissa no podía creerse que se sintiera atraída por un hombre que no le concedía ninguna importancia a su amor. Era exactamente lo mismo que había hecho Luigi. Para su marido, tener un heredero con ella habría sido su contribución al linaje de la familia Alfere. Para Antonio, tener sexo con ella no era más que algo que tenía que hacer, un recado que podría tachar de su lista de asuntos pendientes.

¿Por qué los hombres siempre se obsesionaban con el resultado final?

—Te olvidas, Antonio, de que no te deseo.

—Mírame a los ojos y dilo otra vez.

Rissa abrió la boca para hacerlo, momento que Antonio aprovechó para abalanzarse sobre ella y robarle un beso salvaje. En un momento, el control de Rissa cayó por los suelos y en veinte segundos ya era suya.

Al mirarlo a los ojos, comprobó que reflejaban su propio deseo, así que Rissa le pasó los brazos por el cuello y respondió a sus besos con la misma pasión. Antonio comenzó a acariciarla y a besarla y pronto Rissa se encontró sintiendo su erección a través de los vaqueros.

Rissa lo deseaba, también lo había deseado el día de la crema, necesitaba sentirlo dentro, explotar con él, sentir cómo aquella explosión borraba los recuerdos del pasado.

Rissa deslizó la mano entre sus cuerpos, encontró la erección de Antonio y la sacó del pantalón. Mientras lo hacía, echó la cabeza hacia atrás y Antonio aprovechó para besarle el cuello y para abrirle la camisa. A continuación, le acarició los pezones con movimientos circulares y a los dedos les siguió la lengua, que se movía sobre su sujetador, prenda que no tardó demasiado en volar por los aires.

—¡No, no puedo! —exclamó Rissa de repente cuando Antonio había vuelto a inclinarse sobre ella y comenzaba a chuparle los pechos.

—Yo no opino lo mismo —contestó Antonio con la respiración entrecortada.

Aquello no podía estar ocurriendo de nuevo. Después de lo que había pasado el día de la crema, había intentado mantenerse alejado de ella, pero le había resultado completamente imposible porque tenerla tan cerca era una tentación insoportable.

—Esto no está bien, Antonio.

—Está estupendo —la contradijo él—. Nos deseamos y ésta es la oportunidad perfecta.

—No debería haberme quedado a solas contigo.

Frustrado y confuso, Antonio no tuvo más remedio que soltarla. ¿Qué había ocurrido? Aquella pregunta lo atormentó durante todo el trayecto de vuelta a casa, que transcurrió en silencio.

Antonio no podía dejar de pensar que jamás se había quedado sin conseguir algo que quisiera y que aquélla no iba a ser la primera vez.

Iba a conseguir a la condesa Larissa Alfere le costara lo que le costase.

Podía esperar

.

Capítulo 7

DESPUÉS de aquel episodio, Rissa intentó evitar a Antonio por todos los medios, pero le resultó imposible. Al día siguiente, Antonio se acercó a ella en el jardín con el pretexto de llevarle un refresco de parte de Livia.

—Ayer me comentaste que les debías dinero a tus padres, ¿no?

Rissa dejó las herramientas y se limpió las manos. Había estado limpiando los bloques de granito que los obreros iban a volver a poner. Era un trabajo sucio y aburrido, pero alguien tenía que hacerlo y Rissa había decidido hacerlo ella para que, así, uno de los empleados con más cualificación pudiera hacer un trabajo más útil.

—No tendría que habértelo contado —contestó mirando el horizonte—. Estaba muy contenta porque habíamos vendido muy bien la ropa y me excedí en mis comentarios.

—Tu comentario me hizo sospechar que, o tienes un compromiso con tus padres del que no puedes escapar, o te sientes culpable y por eso los mantienes.

—No es ninguna de las dos cosas. Simplemente, les debo mucho —contestó Rissa poniéndose en pie y limpiándose las rodillas de los vaqueros.

Iba a perderse en el interior del palacio con la excusa de ir a por algo fresco para beber cuando Antonio le entregó un vaso de limonada.

—¿Les pediste mucho dinero? —insistió Antonio.

—No —contestó Rissa—. Para empezar, no son mis padres. Soy adoptada. Siempre han sido muy generosos conmigo porque no tenían a nadie más. Ahora, ha llegado el momento de que les devuelva todo lo que me han dado —le explicó probando la limonada.

—Ah, entonces lo haces porque te sientes culpable.

—¡No, claro que no! —exclamó Rissa enrojeciendo de ira.

Antonio se sentía dejado de lado, pues era evidente que Rissa no quería abrirse a él. Normalmente, las mujeres se lo contaban todo. ¿Por qué aquélla era diferente? Y sobre todo, ¿por qué le

molestaban tanto sus evasivas?

«Evidentemente, porque no me hace ninguna gracia que una persona con tantos secretos viva en mi casa», se dijo a sí mismo.

Rissa siguió bebiéndose la limonada como si tal cosa, ignorándolo por completo, algo que a Antonio le sacaba de sus casillas.

—Claro, te casaste con un hombre increíblemente rico para pagarles a tus padres lo que les debías porque te sentías culpable...

—¡Deja de decir tonterías! —le espetó Rissa.

Antonio era un buen hombre de negocios y sabía que, a veces, era mejor callar que interrogar, así que esperó y su espera dio sus frutos.

—Luigi tenía cosas mucho más importantes que hacer que preocuparse por mis padres y yo nunca le hablaba de ellos para no importunarlo —recordó Rissa con tristeza.

Antonio estaba encantado. Por fin, Rissa se estaba abriendo. Era evidente que, aunque parecía dulce y delicada, había construido un sólido cerco para protegerse de algo y él estaba más que dispuesto a romperlo para averiguar la verdad que ocultaba aquella mujer.

—¿Te avergonzabas porque procedías de un entorno pobre e intentaste ocultárselo a tu marido?

—¿Cómo te atreves?

—No lo he dicho para ofenderte, de verdad —le aseguró Antonio sinceramente.

—Ya que pareces tan interesado, Antonio, te diré que mi marido era un hombre muy orgulloso que no soportaba la debilidad en los demás. Le gustaba que todo el mundo fuera fuerte. Por eso, el hecho de que hubiera aspectos de su vida que no salieran bien le afectó mucho. Tenía muchas preocupaciones y yo no quería... en fin, que tuve que arreglármelas para sacar dinero para ayudar a mis padres adoptivos.

—¡Pobrecita! —se burló Antonio.

Rissa lo miró con dureza.

—No te puedes imaginar lo duro que es ver sufrir a la gente a la que quieres.

—Sí, sí me lo puedo imaginar —murmuró Antonio.

—Tenía que ayudarlos, así que le dije a Luigi que tenía que pagar algunos de mis gastos en dinero

líquido. Por ejemplo, el peluquero, las flores y el entrenador personal. Ya sabes que hay gente que prefiere el dinero negro.

—Sí, en la construcción también pasa —asintió Antonio.

—Yo nunca había estafado a nadie, pero había oído a otras mujeres cómo había que hacerlo, así que no tardé mucho en ponerme en marcha. Efectivamente, poco a poco, fui sacando dinero suficiente para ayudar en casa.

—¿Y tu marido?

—Nunca se enteró —contestó Rissa recordando lo mal que se había sentido al engañarlo—. A él le encantaba pensar que estaba estafando a la Hacienda Pública. Como buen rico, le ponía de los nervios tener que pagar impuestos, así que el hecho de darme dinero para que yo pagara en negro algunos de mis gastos le encantaba.

—¿Y no se daba cuenta de que no te lo gastabas en lo que decías?

Aquello hizo reír a Rissa.

—Obviamente, no necesitaba ir a la peluquería todos los días ni comprar flores constantemente. Además, una planta entera de nuestro dúplex de Manhattan era un gimnasio y yo sabía hacer las tablas sola perfectamente. Iba andando a todas partes o tomaba el metro. Así, ahorraba dinero y me mantenía en forma.

—Jamás hubiera pensado que una mujer pudiera renunciar a ciertos privilegios por el bien de otros —recapacitó Antonio frunciendo el ceño.

—Eso será porque las mujeres a las que conoces no son muy buena gente —contestó Rissa pensando en Donna—. Claro que, si entonces hubiera sabido las deudas que Luigi me iba a dejar a su muerte, te aseguro que habría ahorrado todavía más.

—¿Todas las mujeres de Manhattan engañan así a sus maridos?

—No tengo ni idea. Nunca fui una de ellas por completo, así que no me confiaban sus secretos. Lo que te digo que aprendí de ellas fue por accidente, porque hablaban muy alto.

—¿Te marginaron?

Rissa bajó la mirada.

—No me importaba. Siempre me ha gustado estar sola.

Antonio pensó en lo que Rissa tendría que haber pasado. Había visto lo que aquellas mujeres ricas eran capaces de hacer cuando una de su círculo hacía algo que no les parecía normal. Aquellas mujeres llenas de botox que habían pasado varias veces por el quirófano debían de haberse sentido la mar de celosas al conocer a Rissa, que era una belleza natural.

—¿Por eso te has instalado en el palacio tan contenta y no quieres volver?

Rissa se terminó la limonada, le entregó el vaso, le dio las gracias y volvió a su trabajo. Antonio comprendió que no le iba a dar más información.

Rissa se concentró en el trabajo porque las palabras de Antonio le habían hecho recordar situaciones muy desagradables.

Cuando había visto a Luigi por primera vez, por supuesto que se había fijado en que iba impecablemente vestido, pero jamás había pensado en el dinero. De hecho, el dinero nunca había sido un problema entre ellos.

Su problema había sido otro.

Las cosas se les habían ido de las manos cuando habían ido a Londres a visitar a sus padres adoptivos. Luigi se había mostrado educado y cortés en todo momento, pero frío y distante también. Rissa lo había aceptado porque comprendía que el entorno de su familia era muy diferente al suyo, pero Luigi había estallado cuando se habían puesto a ver el cuarto álbum de fotografías de cuando Rissa era pequeña.

De repente, se había puesto en pie y había abandonado la casa. Ella lo había seguido. A partir de aquel momento, su relación había cambiado. Era absurdo seguir negándolo. Lo que todo su entorno esperaba, sobre todo su madre, jamás se había producido.

Luigi no había podido soportarlo y se había dado a la bebida. Rissa le había dicho varias veces que buscara ayuda profesional, pero él no le había hecho caso.

A pesar de los problemas, ella nunca había dejado

de amarlo. A veces, se había preguntado si todos sus problemas no serían culpa suya. Tal vez, no fuera lo suficientemente guapa o no le atrajera sexualmente.

Lo cierto era que jamás había tenido educación sexual, en su casa no se hablaba de sexo y en el colegio, tampoco. Cuando se había casado con Luigi, era completamente inexperta y de él tampoco había aprendido mucho. Lo poquito que sabía de sexo era por lo que había oído aquí y allá en el gimnasio, así que no había podido hacer nada para resolver sus problemas.

Aquello la había llevado a creer que era frígida, pero la manera en la que su cuerpo reaccionaba cuando estaba ahora cerca de Antonio le estaba haciendo plantearse que no era así.

Lo cierto era que lo deseaba vehementemente, pero no se atrevía a acostarse con él por miedo a que algo saliera mal y Antonio se diera cuenta de lo que Luigi había descubierto: que no era capaz de satisfacer a un hombre.

A pesar de lo mucho que le gustaría acostarse con él, no lo iba a hacer porque no podría soportar aquella humillación de nuevo.

Rissa se perdió en sus pensamientos y pensó en sus padres adoptivos, en lo mucho que la habían querido siempre y en el dolor que le producía no haberles dado un nieto, algo que los habría hecho muy felices.

Aquello la llevó a preguntarse si algún día tendría hijos porque se le antojaba que aquel mundo no era el propicio para tenerlos. Para empezar, no tenía mucho dinero. Eso le hizo recordar que, aunque había obtenido una buena cantidad por la venta de sus vestidos, tenía que tener cuidado.

Estaba empezando a desconfiar del señor Mazzini porque uno de los proveedores le había escrito una carta a ella directamente preguntándole por qué uno de los pagos, de diez mil euros, había sido bloqueado por orden de Enrico Mazzini.

Rissa lo había llamado varias veces, pero le habían dicho que no iba a volver hasta aquella tarde. Por supuesto, Rissa había pagado al proveedor y había hablado con Antonio, que le había indicado que la mercancía que le habían pedido había llegado

completamente en orden y había que pagarle.

Mazzini siempre se había mostrado despectivo con Antonio, pero la mano de obra y las mercancías que Mazzini le recomendaba eran mucho más caras que las que utilizaba Antonio. Además, Rissa se había enterado de que varios de los proveedores que tenía contratados Mazzini eran amigos o parientes suyos.

Rissa quería hablar muy seriamente con su administrador pues no estaba para tirar el dinero.

Antonio se dio cuenta de que Rissa estaba muy preocupada. Por lo visto, había metido el dedo en la llaga. Tal vez, su matrimonio no había sido tan feliz como las revistas del corazón creían.

—No puedo trabajar si me estás mirando, así que me voy dentro a hablar con Mazzini —anunció Rissa de repente.

Antonio la agarró del brazo.

—Sé que lo que pasó el otro día del hotel te tiene tan excitada como a mí —le dijo.

Rissa se sonrojó de los pies a la cabeza.

—Preferiría no hablar de ello, Antonio. No debería haberme quedado sola contigo en aquella suite —contestó Rissa intentando zafarse.

—Piensa que, durante un rato, disfrutamos el uno del otro. Es obvio que hay algo entre nosotros. ¿Por qué no nos entregamos a la pasión?

Los dos estamos libres, no tenemos que darle explicaciones a nadie.

Rissa sabía que Antonio tenía razón. ¿Por qué no se dejaba llevar? Era cierto que se había jurado a sí misma que jamás se volvería a enamorar, pero con Antonio podía entregarse a una relación basada única y exclusivamente en el sexo.

Otras mujeres lo hacían. Las había oído comentar los detalles de sus aventuras en el gimnasio y en la peluquería y parecían contentas.

—En estos momentos, lo último que necesito es complicarme la vida con una relación amorosa —comentó para ver qué decía Antonio.

—¿Y quién ha hablado de amor, condesa? Yo lo que te propongo es sexo. Me deseas, Rissa. Admítelo.

Rissa no contestó inmediatamente.

—Puede que sea así —admitió por fin.

—Sabía que algún día lo admitirías.

—No deberíamos estar hablando de esto. Ni siquiera sé si todavía debería guardarle luto a mi marido.

—Solamente te voy a preguntar una cosa más. ¿Te quieres acostar conmigo?

Rissa se retorció los dedos. Aquella situación le resultaba extraña y la asustaba, pero lo cierto era que Antonio la atraía. Claro que tendría que tener cuidado con la prensa.

—Una mujer de mi posición tiene que tener mucho cuidado, Antonio.

—¿Lo dices por si me lío contigo y luego vendo la exclusiva? —sonrió como si le hubiera leído el pensamiento.

—Prefiero no seguir hablando de esto, de verdad. Me voy a hablar con el señor Mazzini —contestó Rissa.

—¿Por qué? Lo tengo todo perfectamente controlado —le preguntó Antonio molesto al oír el nombre de su contrincante.

—Sí, pero me tengo que asegurar de que todo siga yendo igual de bien que hasta ahora.

—No será una excusa para escapar de mí, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—¿Tienes miedo de que te tome aquí mismo? —dijo Antonio mirándola de manera inequívoca.

—No digas esas cosas... —contestó Rissa sonrojándose.

—¿Por qué? ¿Tanto te apetece? —sonrió Antonio.

Rissa se estaba excitando por momentos y se moría por rendirse ante aquel hombre al que quería acariciar y besar.

Sin embargo, en aquel momento se acercó uno de los hombres encargados del tejado para hablar con Antonio, que no tuvo más remedio que apartarse de Rissa y prestarle atención.

Rissa aprovechó aquellos minutos para recuperar la respiración. Sentía el cuerpo entero en llamas. Si Antonio la ponía así con sus palabras, no quería ni imaginarse cómo la pondría con sus dedos y con sus labios.

—Me dicen que van a terminar dentro de media hora. Aprovecha para ir a hablar con el señor Mazzini, si quieres —le indicó Antonio una vez a

solas de nuevo.

Rissa asintió. No podía hablar. Lo que Antonio le había dicho le había dejado el cerebro en blanco. Se sentía completamente expuesta, desnuda ante él.

Antonio la observó mientras se alejaba en dirección al interior de la casa. No era la primera vez que aquella mujer lo sorprendía. El había creído que iba a ser muy sencillo conquistarla, pero Rissa Alfere—Tiziano era diferente, Rissa Alfere—Tiziano lo tenía loco. Era la primera vez que una mujer se excitaba tanto con él. La había visto temblar y se moría por tenerla bajo su cuerpo.

Rissa sentía los ojos de Antonio observándola y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo. Como consecuencia de su matrimonio con Luigi, se había formado una coraza alrededor del corazón que aquel hombre estaba haciendo pedazos.

¿Qué pasaría ahora?

Livia tenía la comida preparada en la cocina cuando llegó Rissa. Al cabo de un rato, mientras Rissa daba buena cuenta de su brocheta de verduras, llegó Antonio.

—Señor Antonio, le ha llamado una mujer llamada Marian desde Cardiff —le dijo el ama de llaves.

—¿Cardiff? —se extrañó Rissa mirando a Antonio.

—Sí —contestó Livia sacándose un papel arrugado del bolsillo—. Me ha dicho que le diga que lo esperan para inaugurar el nuevo hospital, que a ver si puede ser para el día veintisiete.

Antonio se sentó a la mesa y se sirvió ensalada de pepino.

—Me parece que te las vas a tener que apañar sin mí unos cuantos días, condesa —comentó.

—No pareces muy contento con la noticia.

—A diferencia de otras personas, a mí no me gusta la publicidad.

—Puedes poner una excusa para no ir —le sugirió Rissa.

—No le puedo hacer eso a Marian —contestó Antonio.

Rissa se preguntó quién sería aquella mujer. Livia estaba mirando a Antonio como si lo adorara, lo que le hizo pensar a Rissa que tal vez la tal Marian le hubiera contado algo sobre él que ella

desconocía.

—Señora, ¿le importa que salga hoy un poco antes? Es que me gustaría llevar a Fabio al veterinario —le preguntó Livia.

—Por supuesto que no me importa —contestó Rissa.

Había estado a punto de decirle a Livia que no se molestara en recoger los platos para meterlos en el lavavajillas, que ya lo haría ella. Así, se quedaría a solas con Antonio antes, que era lo que quería. Se había mordido la lengua en el último momento para que no pareciera que estaba demasiado desesperada, pero lo cierto era que lo estaba.

—Muy bien, Livia, nos vamos —anunció Antonio poniéndose en pie de repente—. Te acompaño andando al pueblo. Seguro que a la condesa no le importa fregar un día.

—Oh, no, señor... —se avergonzó Livia corriendo hacia el lavavajillas—. No quiero causar problemas.

—No causas ningún problema, te lo aseguro —insistió Antonio sin mirar a Rissa.

Acto seguido, fue hacia la puerta, la abrió y esperó a que Livia saliera. Una vez a solas, Rissa se dio cuenta de que se le había quitado el hambre.

Ahora que había decidido dar rienda suelta a su pasión, Antonio se iba.

Capítulo 8

POR primera vez desde que había llegado al palacio, Antonio empezó a evitar a Rissa. Después de haberle recriminado en varias ocasiones que se echara atrás en el último momento siempre que él había intentado algo, se había empezado a plantear que, tal vez, acostarse con ella no fuera una buena opción.

Cuanto más conocía a aquella mujer, más cuenta se daba de que no iba a ser una conquista fácil.

Antonio estaba completamente concentrado en el trabajo desde hacía días y Rissa se decía una y otra vez que estaba bien que se hubiera distanciado.

Durante aquellos días, lo había escuchado hablar por teléfono constantemente. De aquellas conversaciones, había deducido que tenía otros proyectos en Italia y también en Gran Bretaña. Obviamente, era un hombre de negocios mucho más importante de lo que ella había creído y no un albañil.

Rissa se encontró sintiendo cada vez más curiosidad sobre su vida privada. El hecho de no haber visto a Donna durante su ausencia, la tenía muy escamada.

Durante aquellos días, el señor Mazzini la había llamado constantemente para invitarla a comer hasta que la cosa había sido tan insistente que Rissa se había visto obligada a ir con él un día a Florencia.

Aquella comida le había servido para darse cuenta de que el señor Mazzini no era de confianza, pues había cargado la cuenta al palacio.

Rissa estaba teniendo mucho cuidado con las finanzas e incluso había separado su dinero del dinero del palacio, así que lo último que necesitaba era un administrador que no supiera administrarse.

El viaje a Cardiff había salido de maravilla, pero Antonio no acababa de estar contento. Echaba algo de menos, había algo en su vida que no encajaba. Mientras avanzaba hacia el palacio, se dijo que, en cuanto llegara allí, se sentiría a gusto.

Tampoco fue así.

Mientras aparcaba su Ferrari, vio a Rissa saludándolo con la mano desde una ventana. Tras devolverle el saludo, subió los escalones sin cerrar el coche con llave, algo que jamás hacía.

La suite de invitados estaba ya casi terminada y Rissa estaba pletórica, pues eso quería decir que sus padres adoptivos podrían mudarse pronto. Solamente habían viajado al extranjero en una ocasión, para su boda en Estados Unidos y Rissa temía que no se apañaran muy bien solos durante el vuelo, así que había llamado a Freddie Tyler, un amigo de Luigi que era editor de una revista de decoración, para ofrecerle la exclusiva del palacio a cambio de que los acompañara.

Freddie no había dudado ni un momento en aceptar la oferta y Rissa no había podido evitar preguntarse si no sería también porque quería algo más íntimo con ella. Su marido siempre lo había creído así y siempre había tenido unos terribles celos del editor, pero siempre se había controlado porque Freddie era un nombre muy poderoso.

A Rissa le iba a venir muy bien el reportaje para obtener publicidad y visitantes, lo que, con un poco de suerte, redundaría en una mejora de su situación económica y de la de los habitantes de Monte Piccolo.

Sus estudios de marketing le estaban siendo de muchísima utilidad y Rissa se había atrevido incluso a diseñar una página web anunciando todos los servicios del palacio. A su lista de sugerencias, había añadido la de tener un huerto para que el palacio fuera todo lo autosuficiente que se pudiera.

Tras comentárselo a Antonio, éste había puesto a sus hombres en acción y en una sola tarde le habían preparado un terreno. Rissa se había encargado personalmente de plantar las semillas y de regar la tierra y, con el maravilloso clima que hacía allí, en pocas jornadas y como por arte de magia habían comenzado a brotar las primeras hortalizas.

Una mañana a la semana, Rissa salía a dar una vuelta y recogía uvas, limones, lechugas y otras verduras que vendía en el mercado. No sacaba mucho dinero, pero le estaba sirviendo para reforzar su autoestima y para darse cuenta de que era

perfectamente capaz de tener independencia económica.

El palacio había recuperado su esplendor, así que Rissa había decidido dar una fiesta para celebrarlo e invitar a los habitantes del pueblo, que en breve, si todo salía bien, serían sus clientes.

Quería conocerlos y, además, le apetecía arreglarse y verse guapa, así que se dirigió a la habitación en la que guardaba la ropa de su vida pasada y eligió lo que se iba a poner. Le parecía imposible que aquellos vestidos tan maravillosos hubieran sido suyos y los hubiera lucido para ir a las carreras en Kentucky o a algún acontecimiento social de importancia en Washington.

Aquella vida quedaba tan lejana...

Había sido una vida llena de privilegios, pero vivida solamente a medias. Ahora trabajaba mucho más y tenía muchas más preocupaciones, pero vivía de manera mucho más intensa, vivía de verdad.

Había elegido la hora del paseo para hacerla coincidir con la fiesta con la esperanza de que los viandantes vieran los carteles que había colocado y subieran al palacio, donde los esperaban montones de mesas llenas de comida, limonada y vino de una bodega cercana.

Cuando tuvo todo preparado, Rissa fue a ducharse y a cambiarse de ropa. Desde hacía pocos días, contaba con el lujo de poder ducharse con agua caliente y, tras disfrutar de una ducha relajante, no tardó mucho en estar lista pues sólo se puso un toque de pintalabios y un poco de colorete ya que, al estar casi siempre trabajando al aire libre, tenía un color de piel precioso.

Había elegido una falda de lino blanco con una camiseta de tirantes azul marino y, como hacía mucho calor, decidió no ponerse la chaqueta que iba a juego. Para terminar, se puso una sencilla pulsera de oro y el collar que iba con ella, se recogió el pelo, se puso las últimas gotas que le quedaban de su perfume de Chanel y bajó a recibir a sus invitados.

El personal de servicio ya se había arreglado también y esperaba ansioso. Antonio apareció ataviado con un traje de lino en color beis y una

camisa blanca abierta en el cuello.

Rissa estaba preocupada porque, nada más verlo, había tenido que hacer un gran esfuerzo para no comérselo con los ojos. Durante los cinco años que había estado casada con Luigi, jamás le había pasado algo así.

Le bastaba con mirar a Antonio o con pasar cerca de él para sentirse excitada de los pies a la cabeza. Su cuerpo reaccionaba de manera automática y no podía controlarlo. A lo mejor aquella noche ocurría algo porque siempre pasaban cosas en las fiestas, ¿no?

¿Qué ocurriría si Antonio volviera a insinuarse? Por supuesto, en aquella ocasión, le diría que sí. Ya estaba harta de reprimirse. Había sido una esposa leal y buena a pesar de todos los problemas, pero aquella tortura había terminado con la muerte de Luigi. Ahora, era libre.

¿Por qué no iba a dejarse llevar por una vez? ¿Y qué pasaría si se acostaba con él? ¿Le parecería mal a la mañana siguiente haberse dejado llevar por la tentación o le parecería una de las mejores experiencias de su vida?

A lo mejor no le bastaba con una sola vez. Tras mirarlo de reojo, se convenció de que, desde luego, no le bastaría con una vez. Rissa se dijo que había entregado el corazón una vez y se lo habían devuelto destrozado y se preguntó si sería capaz de volver a pasar por algo así.

Claro que, a lo mejor, se estaba precipitando. Era obvio que Antonio Isola podía tener a la mujer que quisiera. Empezando por Donna, que estaba más que interesada en él. Si realmente hubiera querido acostarse con ella, la habría convencido y lo habría hecho. ¿No sería que, en el fondo, no le interesaba lo suficiente?

Rissa saludó a la gente que empezaba a llegar, sonrió a todos y les dio las gracias por ir y por sus cumplidos teniendo mucho cuidado de no mirar hacia donde estaba Antonio. Tenía miedo de que se diera cuenta de lo mucho que lo deseaba.

Rissa era consciente de que con una sola palabra, de que con una sola mirada, la convencería y se encontraría en su cama haciendo realidad sus

fantasías.

Antonio se encontraba como un león enjaulado en aquella fiesta. El deseo lo consumía. Se suponía que la condesa Larissa Alfere—Tiziano iba a ser una diversión más en el camino que lo llevaría a quedarse con el palacio, pero algo había ocurrido.

En algún momento, el simple deseo físico se había convertido en una verdadera necesidad. Antonio era todo un experto en satisfacer sus deseos puramente físicos, pero con aquella mujer le pasaba algo más.

El verla paseándose entre sus admiradores, completamente ignorante del efecto que tenía sobre ellos, lo excitaba todavía más. Las mujeres alababan su elegancia y los hombres apreciaban sus encantos y Antonio se moría por tomarla entre sus brazos y sacarle a besos la pasión que sabía que llevaba dentro.

Los habitantes del pueblo habían ido a la fiesta porque sentían curiosidad por saber qué estaba haciendo su nueva vecina y así fue como Rissa se vio rodeada de antiguos empleados que le contaron un montón de cosas sobre el palacio.

En un momento dado, se atrevió a mirar hacia donde sabía que estaba Antonio y comprobó que Donna había llegado y estaba hablando animadamente con él. Antonio sonreía, pero desviaba la mirada constantemente.

Rissa se preguntó de qué estarían hablando. En aquel momento, Donna tomó un higo de una fuente y lo mordió, haciendo que el líquido le resbalara por la mejilla, lo que la hizo reír como una niña. A continuación, se lo puso a Antonio sobre los labios y lo besó.

Rissa se giró inmediatamente, diciéndose que no debía dejarse afectar por la situación. Para disimular, se dedicó a servirles más vino a todos los presentes. Le había prohibido a Livia que fuera de uniforme aquel día y le había indicado que se divirtiera, pero ahora necesitaba su presencia para obtener algo de serenidad, así que la buscó y la encontró sentada a la sombra de un árbol con unas amigas.

Rissa se dirigió hacia allí.

—Menos mal que los obreros se han vestido y no

van por ahí como de costumbre, con el torso al descubierto —le dijo el ama de llaves con una gran sonrisa.

Sus amigas se rieron.

—No está bien que una condesa vea esas cosas, ¿no? —bromeó otra de las presentes—. Usted sólo puede tener ojos para un hombre.

—¿Ah, sí? —sonrió Rissa—. ¿Para quién?

—Debe saber, señora, que hace mucho tiempo que no hay en esta casa un auténtico Michaeli-Tiziano —le informó Livia.

—Debería usted encontrar un hombre bueno y llenar este palacio de niños, condesa —le dijo otra mujer—. Los apellidos de toda la vida deben continuar.

—Yo creo que la condesa ya ha encontrado a ese hombre. Y no sólo eso...

—¡Livia! ¿Hay más vino? —las interrumpió Antonio acercándose.

—Livia tiene el día libre —le informó Rissa—. Ya te sirvo yo —añadió mientras las mujeres murmuraban entre sí.

Rissa no pudo evitar preguntarse si la aparición de Antonio había sido tan casual como parecía, pero Antonio insistía en que fueran a buscar más vino porque todo el mundo se estaba quedando corto, así que no pudo averiguarlo.

—¡Ah, Antonio! —exclamó Donna colgándose de su brazo—. Enrico no para de decirme que no eres de confianza, pero debe de ser que a mí me gusta jugar con fuego.

—Lo siento, Donna, pero me tengo que ir. Donna se quedó mirando a Antonio muy enfadada y se enfadó todavía más al ver que se abría paso entre la gente en dirección a Rissa.

Estaba atardeciendo y, aunque mucha gente se había ido ya, Rissa había observado que Donna seguía por allí, persiguiendo a Antonio.

De repente, Enrico Mazzini se materializó a su lado y, aunque era la última persona en el mundo a la que le apetecía ver, le sonrió educadamente.

—Me he dado una vuelta por el palacio, condesa, y debo decirle que le doy mi más sincera enhorabuena tanto por su visión de futuro como por el catering —le dijo.

Antonio se estaba acercando. Siempre qué había buscado a Rissa con la mirada durante aquel día la había encontrado acompañada por un hombre y en aquella ocasión era su peor enemigo.

—Perdone, señor Mazzini, pero Rissa y yo tenemos cosas urgentes de las que hablar —anunció al advertir que Rissa parecía acorralada.

Mazzini no parecía muy contento con la interrupción y Rissa intentó suavizar la situación con su maravillosa sonrisa.

—Todo ha salido muy bien, ¿verdad? —le preguntó una vez a solas.

«No, todo habría salido muy bien si te hubiera podido tomar aquí mismo», pensó Antonio.

—¿Por qué no les dices a los invitados que se vayan ya? —le dijo al oído.

Eso era lo que a Rissa más le apetecía, pero no sabía cómo hacerlo sin parecer maleducada.

—Colócate en la parte de arriba de los escalones, dales a todos las gracias y ya está —le aconsejó Antonio como si le hubiera leído el pensamiento.

Rissa no se movió. Estaba muy nerviosa.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha parecido mal que te rescatara de Mazzini?

—No, todo lo contrario —confesó—. En realidad... mira, no he podido dejar de pensar en ti desde que nos conocimos y... —añadió mirándolo a los ojos.

—¡Entonces, diles que se vayan inmediatamente! —aulló Antonio presa del deseo.

Rissa así lo hizo y, tras dar las gracias a todo el mundo, recibió un aplauso generalizado y la gente comenzó a irse.

—Lo has hecho muy bien —le dijo Antonio con una gran sonrisa—. Si supieran por qué querías quitártelos de encima cuanto antes...

Rissa tomó aire y lo miró a los ojos.

—Antes de que pase nada entre nosotros, Antonio, quiero decirte una cosa.

—No, basta de excusas —la interrumpió Antonio—. Ha llegado el momento de la verdad.

Oyeron que Livia despedía a los últimos invitados y cerraba las verjas del palacio y, tras ver que el ama de llaves se metía en casa, supieron que estaban solos en el jardín.

—Precisamente por eso, porque ha llegado el momento de la verdad, quiero que sepas que, a pesar de que estuve casada con Luigi, sigo siendo virgen —declaró Rissa apresuradamente—. No sé si podré cumplir tus expectativas. Te deseo desde la primera noche, desde que me tocaste por primera vez. Ésa es la verdad —añadió esperando sus burlas.

Antonio la miró intensamente. Lo que le acababa de decir lo había tomado completamente por sorpresa. Por supuesto, se moría por acostarse con ella, pero quería tener cuidado, quería asegurarse de que Rissa estaba preparada para dar el paso.

—¿Y ahora quieres entregarte a mí?

—Sí —contestó Rissa—. Te deseo y además...

—¿Y además?

—Y, además, necesito tener un hijo para continuar el apellido Alfere. Todo el mundo lo dice. Livia, sus amigas...

—¿Y qué tengo que ver yo en todo eso? Si quieres tener un hijo, adóptalo.

—No —contestó Rissa dándose cuenta de que, a lo mejor, todo aquello había sido una estupidez porque no estaba saliendo como ella había previsto.

—¿Cómo que no? Si quieres continuar con el apellido familiar, no tienes más que adoptar un niño. A las revistas del corazón les encantará la noticia. Te elevarán a los altares, hablarán maravillas de ti —se burló.

—No me interesa lo que la prensa amarilla diga sobre mí. ¡Necesito un hijo propio y solamente tú me lo puedes dar porque solamente a ti te deseo!

—Por lo visto, Luigi Alfere iba por ahí completamente borracho en busca de compasión porque decía que no eras fértil —comentó recordando lo que había descubierto.

Antonio había ido demasiado lejos.

—Eso no es cierto —contestó Rissa con pena—. Eso fue lo que dijimos oficialmente. Acepté esa versión porque me daba pena mi marido. La verdad era que no había química entre nosotros. Amaba profundamente a Luigi, pero, por lo visto, eso no era suficiente para desearlo —explicó Rissa.

—Comprendo —contestó Antonio—. ¿Por qué yo? ¿Cómo sabes que seré un buen padre? Con los tiempos que

corren, no deberías ir por ahí acostándote con cualquiera —se burló.

—Tú no eres cualquiera, Antonio —contestó Rissa—. Te conozco bien y sé, porque he visto lo cuidadoso que eres con todo, que no pondrías jamás tu salud en peligro.

Aquello hizo reír a Antonio. Desde luego, la condesa era de lo más observadora.

—Tienes razón —contestó Antonio—. Soy un hombre al que le gusta cuidar mucho todo lo que hace —añadió sonriendo de manera inequívoca—. Creo que ha llegado el momento de que dejemos de hablar.

Capítulo 9

LAS palabras de Antonio y su tono de voz hicieron que Rissa se estremeciera de los pies a la cabeza. No podía hablar, pero, cuando Antonio la tomó entre sus brazos, emitió una ligera exclamación.

Antonio le acarició la espalda y el pelo y la miró a los ojos. Sin esperar su respuesta, la besó con pasión hasta que Rissa estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Antonio, aquí no! ¿Qué haces?

—¿Acaso no está claro? —contestó Antonio mirándola con deseo y volviéndola a besar.

Rissa se dejó besar, se dejó acariciar los hombros y el pecho por debajo de la camiseta y disfrutó de las sensaciones porque aquellas manos eran las manos de un artista, de un artesano.

Rissa sintió cómo Antonio apartaba el encaje del sujetador para tener pleno acceso, cerró los ojos y se dejó transportar por el placer. Dejándose llevar por el instinto, se apretó contra él y se atrevió a deslizar una mano entre sus cuerpos y a acariciarle la entrepierna.

—Brújula —aulló Antonio—. Si sigues por ahí, te tomo aquí mismo y no es ésa mi intención, te lo aseguro —añadió tomándola en brazos y conduciéndola a través de la casa silenciosa hacia su suite—. Tenemos una cama nueva para estrenar —sonrió.

—Sí, me muero por qué me hagas tuya —contestó Rissa.

Oírle decir esas cosas le hacía a Antonio muy difícil la espera, pero se dijo que así el encuentro sería todavía más placentero.

—Tómame ahora mismo, Antonio, por favor.

—Si eres virgen, ¿cómo puedes estar segura de que eso es lo que quieres de verdad?

Rissa le contestó con una mirada implorante y Antonio la desnudó rápidamente y la tumbó sobre el edredón. A continuación, se quitó la camisa y se tumbó sobre ella.

—¿Cómo te gusta? —le preguntó.

—No lo sé... nunca me he sentido así —contestó Rissa—. Nunca he sentido lo que estoy sintiendo

contigo —añadió acariciándole el brazo.

Rissa se moría por sentirlo dentro. Jamás había sentido tanto deseo.

—Así que estás dispuesta a entregarte a mí para continuar con el linaje de los Alfere, ¿eh? —le espetó Antonio de repente.

—Por favor, no vamos a ponernos a hablar ahora de eso —imploró Rissa—. Tú me deseas y yo te necesito.

—¿Necesitas a un empleado?

—Sabes perfectamente lo que vales, Antonio —murmuró Rissa.

Antonio se perdió en su cuello, en la fragancia de sus cabellos y Rissa sintió que la vida volvía a su cuerpo bajo sus caricias. Sus cuerpos se movían al unísono, piel contra piel, labios con labios.

Antonio fue deslizando la boca hasta encontrar sus pechos, que colmó de besos. Ya había anochecido y por la ventana entraba una fresca brisa. El silencio era tan profundo que Rissa oía la acelerada respiración de Antonio.

También sentía su erección en el muslo y se movió para apreciar su cuerpo tanto como él estaba disfrutando del suyo.

—No —le dijo Antonio antes de que le diera tiempo de acariciarle la erección—. No hagas eso. Me gusta mantener yo el control.

Dicho aquello, se apartó un poco de ella, pero sin perder el contacto. Rissa se moría de deseo. Los músculos de su bajo vientre vibraban de necesidad. Antonio deslizó un dedo entre las piernas de Rissa, encontró el centro de su feminidad y le dio placer hasta que Rissa arqueó el cuerpo y se abrió como una flor.

Había llegado el momento, así que Antonio penetró su cuerpo y se movió con suavidad haciendo que ambos remontaran la ola de la pasión entre besos y caricias.

A la mañana siguiente, Antonio intentaba conciliar el placer y el dolor mientras corría por la carretera todavía oscura.

¿Con cuántas mujeres se había acostado? Estaba intentando ver la situación con frialdad, pero no podía. Lo cierto era que ninguna de sus conquistas pasadas importaba ya lo más mínimo.

Rissa era diferente. Al principio le había parecido una mujer distante y fría, pero ahora se mostraba dulce y solícita. Había cambiado.

Antonio no podía soportar aquel cambio. Precisamente esa preocupación lo había llevado a levantarse antes de que ella se despertara y a salir a correr sus cinco kilómetros de todos los días antes de que amaneciera.

Antonio hizo un esfuerzo y terminó de subir la colina. Una vez en lo alto, mientras recuperaba el ritmo respiratorio, se quedó pensativo. Las obras del palacio habían terminado. Probablemente, Rissa creería que él también se iba a ir, pero tenía otros planes.

La casa seguía siendo de Rissa, pero él seguía queriéndola. Su plan inicial había sido casarse con ella, quedarse con el palacio y, luego, deshacerse de Rissa. Sin embargo, el palacio seguía siendo de Rissa, que tenía toda la intención del mundo de asegurarlo para su familia teniendo un heredero.

Antonio se dijo que había llegado el momento de actuar, antes de ser completamente prescindible.

Antonio vio amanecer desde lo alto de la colina y se dijo que Rissa estaría a punto de despertarse, así que bajó de nuevo en dirección al palacio.

Antonio se estaba duchando con la idea de sorprender a Rissa llevándole el desayuno a la cama, pero fue ella la que lo sorprendió a él apareciendo en el baño cuando todavía se estaba enjabonando.

—¿Antonio? —le dijo con la voz tomada por el deseo.

Antonio suspiró. Tal y como había supuesto. Las vírgenes eran como pulpos. En cuanto uno las tocaba, lo seguían a todas partes. Antonio intentó controlarse, pero, cuando Rissa abrió la puerta de la ducha y entró, ya estaba excitado.

Cuando Rissa se arrodilló ante él sin decir nada, Antonio se dejó hacer y, cuando sintió que una calidez húmeda envolvía su miembro, se tuvo que apoyar en la pared de la ducha para mantenerse en pie.

Antonio agarró a Rissa de los hombros, la levantó, la enjabonó de pies a cabeza y acarició todo su cuerpo hasta llegar a su entrepierna. Una

vez allí, Rissa se apretó contra la palma de su mano, buscando también el orgasmo.

—Nunca he conocido a una mujer que se excitara tanto como tú —comentó Antonio.

—¿Qué has dicho? —contestó Rissa encantada.

—Te aseguro que si no fuera porque a mí me encantan también estas cosas, no te podría seguir el ritmo.

—¿Lo dices en serio? —sonrió Rissa.

—Completamente, te lo aseguro —contestó Antonio tomándola entre sus brazos, apoyándola en la pared, colocándole las piernas alrededor de su cintura y haciéndola suya de nuevo.

Rissa aceptó todo lo que Antonio le daba, diciéndose que no debía olvidar que aquel hombre actuaba única y exclusivamente llevado por el deseo.

Cuando un rato después llegaron a la cama, Rissa se perdió entre las sábanas, apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos con fuerza para no llorar

.

Capítulo 10

RISSA se levantó sola a la mañana siguiente. Antonio no debía de dormir mucho y Rissa se preguntó si sería por ella. Cuando le llevó café y tostadas, vio que parecía preocupado y distraído y se dijo que el sueño había terminado y comenzaba la pesadilla.

—¿Te pasa algo, Antonio?

—No, no me pasa nada, pero me vendría bien salir a dar una vuelta.

Rissa pensó que, si se sentía atrapado, lo último que ella quería era retenerlo a su lado.

—¿Te apetece que salgamos a dar un paseo en coche? —le propuso Antonio.

—¿Quieres que vaya contigo? —se extrañó Rissa.

—Sí —contestó Antonio con expresión enigmática.

Cuando pararon a echar gasolina, Rissa bajó del coche para estirar las piernas. Mientras andaba, la brisa le levantaba la falda. Un grupo de hombres que había bajo un nogal tomando café la observaba.

—Venga, vámonos a casa —dijo Antonio.

Era curioso que se refiriera al palacio como si fuera su casa. Debía de ser porque ya llevaba varios meses viviendo en él. Antonio era el último miembro del equipo de construcción que quedaba. La obra había terminado y el palacio había recuperado la calma, pero Rissa sabía que el verano estaba tocando a su fin y que Antonio no tardaría en evaporarse.

—No sé si el acuerdo que tenemos me convence demasiado —le dijo él de repente.

Rissa se dijo que le iba a decir que lo suyo había terminado y apretó los puños.

—Deberíamos dejar de vernos, condesa.

Rissa no dijo nada.

—Si quieres comenzar la nueva dinastía Alfere, tendrás que encontrar a un hombre al que ames.

—Creía que amaba a Luigi y no pude tener hijos con él —contestó Rissa.

«La diferencia es que sé que a ti sí que te amo, pero no te lo voy a decir porque sé que es lo último que quieres oír de labios de una mujer», pensó.

—Algún día lo conseguirás —insistió Antonio intentando mirarla a los ojos, pero Rissa había

desviado la mirada—. Tengo una sorpresa en casa para ti. La había guardado para una ocasión como ésta.

Rissa no contestó.

Al llegar al palacio, Antonio fue a la cocina y volvió con una botella de champán.

—Desde luego, en tu empresa te deben de apreciar mucho porque tienes un coche magnífico y te puedes permitir el lujo de comprar botellas de champán carísimas —se sorprendió Rissa.

—Sí, me pagan muy bien —contestó Antonio.

—¿Te parece que demos una vuelta por el palacio? Livia ha salido. Estamos solos.

Mientras deambulaban de habitación en habitación prácticamente en silencio, admirando las obras que se habían hecho, fueron dando buena cuenta de la botella de champán. Rissa estaba encantada con los resultados, pero Antonio siempre encontraba algo mejorable.

—Siempre pienso que amas este lugar tanto como yo, Antonio.

—Sí, me gusta —contestó Antonio.

—Entonces, no te vayas —le dijo Rissa—. Quédate un poco más.

Antonio no contestó, se limitó a servirle otra copa de champán, que Rissa aceptó con una sonrisa mientras continuaban el paseo por el palacio.

—Y pensar que ésta es... mi casa —comentó Rissa cuando volvieron a la planta baja.

—Sí, pero es mi creación, condesa. Un esfuerzo conjunto que deberíamos celebrar —contestó Antonio besándola antes de hacerle el amor sobre la mesa del salón.

El restaurador de muebles que había ido aquella mañana era el típico italiano guapo de cuarenta años. Había ido con su ayudante, un jovencito al que le estaba costando concentrarse en el trabajo debido a que estaba en una mansión espectacular hablando con una condesa que tenía unas piernas de escándalo.

Rissa estaba enseñándoles las diferentes piezas que quería arreglar cuando, de repente, se abrió una puerta y apareció Antonio con cara de pocos amigos.

—Caballeros, les presento a Antonio Isola, mi...

—Lo siento mucho, pero la condesa y yo tenemos

cosas de las que hablar durante la comida —la interrumpió Antonio agarrándola del brazo.

Rissa sonrió dando por terminada la reunión.

—No te has comportado con la debida educación —lo reprendió una vez a solas.

—Eso es porque no tengo por qué soportar que te coman con la mirada en mi propia casa —contestó Antonio enfadado.

A continuación, la llevó a su habitación y la hizo suya.

Los primeros rayos del sol de la tarde entraban por la ventana y Antonio estaba extasiado viendo a Rissa dormir. Creyéndolo dormido, Rissa se levantó sigilosamente de la cama y se acercó a la ventana. Antonio observó su precioso cuerpo. De repente, Rissa se llevó una mano a la nuca y comenzó a masajearse.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele la cabeza? —le preguntó Antonio.

Rissa asintió.

—Deberías comer algo, pero primero... ven aquí —le dijo colocándose a su lado y masajeándole el cuello.

Rissa suspiró encantada mientras Antonio le daba un masaje y ella contemplaba el precioso jardín que tenían debajo. En aquel lugar, Antonio la había tocado por primera vez. Había perdido un montón de tiempo desde entonces, pero estaba decidida a no volver a hacerlo.

—Antonio... a pesar de que siempre digo que estoy encantada ante la posibilidad de vivir aquí sola... estoy empezando a pensar que, tal vez, no sea tan buena idea...

—¿Qué me intentas decir, Rissa?

—Algo que no sé si te va a hacer mucha gracia escuchar.

—Dispara. Seguro que he oído algo parecido alguna vez en mi vida.

—Me resulta difícil abrirte el corazón —confesó Rissa.

—¿Estamos hablando de corazones? —dijo Antonio chasqueando la lengua—. Te recuerdo que soy uno de tus empleados.

—Sí, lo sé muy bien. Eres el último que queda.

Precisamente por eso, dependo tanto de ti. ¿Qué pasará cuando esté sola y ocurra algo? La verdad es que no tengo dinero, Antonio.

Ya estaba. Lo había dicho. Si lo único que Antonio buscaba en ella era su dinero, eso haría que todo terminara. Antonio no contestó. Rissa tomó aire y continuó.

—Voy a tener que hipotecar el palacio para pagar los gastos que quedan. Es lo único que puedo hacer hasta que la propiedad comience a generar beneficios.

—El dinero no lo es todo —le dijo Antonio besándole el lóbulo de la oreja.

Rissa se giró hacia él. En aquellos momentos, tenía muy claro que sus mentes trabajaban al unísono. Era lo mejor del mundo, amarlo con la conciencia clara, sin secretos entre ellos.

Antonio siguió besándola.

—Si no fuera porque no tengo dinero, te diría que te quedaras a vivir aquí, pero no creo que te apetezca vivir en la pobreza —suspiró Rissa—. Oh, cómo me gustaría que el dinero lloviera del cielo.

—No lo pienses —le dijo Antonio mordisqueándole el cuello—. Las mejores cosas de la vida, como hacer el amor, no cuestan dinero.

A Rissa le hubiera encantado dejarse llevar, pero lo cierto era que sus penurias económicas la tenían atenazada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Antonio.

—Nada.

—Estás más tensa ahora que antes del masaje —insistió Antonio—. No me digas que el dinero va a ser un problema entre nosotros.

—No, no es eso, claro que no, Antonio —contestó Rissa apretándole la mano—. Estoy tensa porque tengo un problema un poco difícil de resolver con el señor Mazzini y no sé qué hacer.

—¿Qué ocurre? ¿Te está molestando? —se indignó Antonio.

—No es lo que tú crees.

—¿No te cuadran sus cuentas?

Rissa no lo negó.

—Me parece que le he dado demasiada libertad. Nunca le ha hecho ninguna gracia que tú te ocuparas

de los proveedores. Hace unas semanas, me negué a pagar una factura de cosas que tú no habías pedido. El señor Mazzini había hecho un pedido y lo había puesto a mi cuenta sin consultármelo.

—¿Has firmado algún documento que le dé esa autoridad?

—No. El abogado de Luigi de Nueva York lo nombró mi administrador, pero yo nunca firmé nada.

—Esto es indignante. ¿Le has hecho prometer que no volverá a ocurrir?

—Sí. Le he escrito advirtiéndole que, si vuelve a repetirse esta situación, me buscaré otro administrador, y le he mandado una copia de la carta al abogado de Manhattan.

—Pero has pagado la factura.

Rissa asintió y tragó saliva.

—Me he quedado casi sin nada. La verdad es que no sé de dónde voy a sacar dinero para sobrevivir hasta que llegue la hipoteca. Estoy muy mal económicamente y eso me preocupa. Cada vez que me llegan gastos del banco, me acerco más y más a la ruina.

—Eso es lo que Mazzini quiere. Siempre ha querido hacerse con el palacio, pero no te preocupes porque la obra está completamente terminada, solamente quedan unos cuantos retoques sin importancia, así que el banco seguro que te da la hipoteca. No te preocupes, nos las arreglaremos —la tranquilizó Antonio besándola.

Rissa cerró los ojos. No se podía creer lo que estaba sucediendo. Antonio había dicho «nos las arreglaremos». Por primera vez en muchos años, le pareció que podía apoyarse en alguien. Por fin, tenía a alguien a su lado, no tendría que luchar sola.

Antonio sintió su cuerpo desnudo contra el suyo y su reacción fue inmediata. La tomó en brazos y la volvió a llevar a la cama, que estaba completamente deshecha de la última vez que habían hecho el amor.

Rissa se estremeció de deseo cuando sintió la mano de Antonio sobre su monte de Venus y abrió las piernas, deseosa de que la tocara. Sus dedos encontraron su clítoris y comenzaron a masajearlo haciendo lentos círculos, llevándola prácticamente al borde del orgasmo.

A continuación, se arrodilló entre sus piernas e hizo los mismos dibujos con la lengua, provocando que Rissa gritara de placer. Jamás había imaginado que pudiera sentirse tan deseada y tan deseosa. El placer le hizo arquear el cuerpo y, al oír jadear a Antonio, se excitó todavía más.

Antonio no paró de lamerla mientras le acariciaba los pezones, haciendo que Rissa sintiera placer por todo el cuerpo. Justo cuando estaba a punto de llegar a la cima del orgasmo, la penetró. Su cuerpo lo aceptó encantada y estalló al mismo tiempo que el de Antonio.

—Oh, ¿por qué habré tardado tanto en entregarme a ti? —murmuró sintiéndose segura entre los brazos de Antonio—. Me haces la mujer más feliz del mundo. Qué suerte tengo de tenerte a mi lado.

Capítulo 11

CUANDO Rissa se despertó a la mañana siguiente, alargó el brazo en busca de Antonio, pero encontró la cama vacía. Al mirar el reloj, comprobó que eran casi las ocho de la mañana y supuso que Antonio ya estaría trabajando en su oficina.

Antonio trabajaba mucho, pero Rissa nunca le había preguntado a qué se dedicaba exactamente. El trabajo no era importante. A ella lo único que le importaba era que se quedara un poco más a su lado.

Mientras se lavaba los dientes, recordó la maravillosa noche que habían compartido y se dijo que su matrimonio con Luigi había sido una farsa que había quedado atrás.

¡Antonio no tenía ninguna queja!

Mientras se vestía, vio que Antonio se había dejado unos papeles sobre una butaca y los recogió con la intención de llevárselos.

Fue entonces cuando vio que había un sobre en el que ponía AMI Holdings. Aquello sólo podía querer decir una cosa. Antonio era un traidor. Trabajaba para la empresa que había querido comprar el palacio.

Rissa comenzó a leer los documentos. Al principio, no entendía nada. Se trataba de cartas sobre donaciones y propiedades en el extranjero. En ninguna se mencionaba el palacio Tiziano.

Uno de los últimos documentos era la factura de una suite en el hotel Excelsior. AMI Holdings había pagado la factura y Antonio lo había repuesto de su cuenta privada.

Eso quería decir que Antonio Michaeli-Isola estaba detrás de AMI Holdings. Antonio se había metido en su casa y en su cama y ella no había sospechado nada, pero ahora comenzaba a entender.

¿Acaso aquel hombre no tenía escrúpulos y era capaz de llegar hasta donde fuera necesario con tal de que su empresa se hiciera con el palacio? Aquello la llevó a preguntarse si Antonio habría supervisado de verdad la obra de acuerdo a los mínimos estándares de calidad. ¿Qué pasaría si, cuando fueran los inspectores del banco, le dijeran que

todo estaba mal hecho y que había que volver a hacerlo?

No tenía dinero. Contaba con que en pocos días el banco le concediera la hipoteca y poder poner el palacio en marcha con ese dinero. Antonio era más peligroso que una serpiente, pero a Rissa no le importaba, así que recogió los documentos y fue en su busca.

La puerta de la oficina se abrió con un golpe seco. Antonio apartó la vista del ordenador y vio que se trataba de Rissa, que en aquellos momentos estaba lanzando unos documentos sobre su mesa.

—Me has mentido. ¡Lo único que quieres es quedarte con mi casa!

Antonio se puso en pie.

—Admito que al principio ésa era mi intención, pero las cosas han cambiado —confesó.

—¡No quiero escuchar mentiras! Has jugado con mis sentimientos. Creías que me iba a hartar pronto del palacio y que podrías quedarte con él fácilmente, ¿eh? Cuando viste que no era así...

—Recordarás que mis agentes te hicieron una oferta muy generosa por el palacio. Era mucho más dinero del que valía en realidad. Cuando la rechazaste, decidí hacerme cargo del asunto personalmente.

—Claro, y como yo no quise irme tranquilamente, decidiste seducirme —susurró Rissa—. ¡Todas esas cosas bonitas que me has dicho eran mentiras!

—No, no eran mentira, Rissa —le aseguró Antonio intentando tocarla—. Es cierto que, al principio, lo único que me interesaba era el palacio, pero luego...

—Pero luego decidiste que era más fácil seducirme. Es imperdonable lo que has hecho, Antonio. No me deseas y nunca me has deseado. Lo único que te interesa es el palacio —lo acusó con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué lo deseas tanto? En la vida, es mucho más importante una relación que un edificio. ¿No lo entiendes?

—La vida no es tan sencilla como tú crees, sino mucho más complicada.

—No, no es cierto —se lamentó Rissa—. ¡Me has utilizado, me has traicionado haciéndome creer que

sentías algo por mí cuando, en realidad, lo único que querías era quedarte con mi casa!

—Lo que siento por ti no se puede comparar con lo que siento por el palacio —le aseguró Antonio.

—¡No me mientas! Y pensar que te he contado cosas sobre mi matrimonio que jamás le había contado a nadie porque creía que podía confiar en ti...

—¡Rissa! —exclamó Antonio golpeando la mesa—. Comencé mi relación contigo a sabiendas de lo que había pasado con Luigi y con su familia. Yo no soy como ellos.

—¿Cómo que no? Eres exactamente igual. Me enamoré de Luigi sin saber que era rico y el dinero nos separó, exactamente igual que contigo. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? La suite del hotel, la llamada desde Cardiff, el Ferrari... fingías que eras un trabajador honrado cuando, en realidad, eres multimillonario y lo único que querías era engañarme para quitarme lo poco que tengo en la vida.

—Sí, confieso que te he utilizado, pero eso fue antes de darme cuenta de que siento por ti mucho más de lo que yo creía —confesó Antonio.

Rissa se quedó mirándolo a los ojos y decidió jugarse el todo por el todo.

—Demuéstramelo.

Antonio se acercó a ella y la besó con tanta pasión que Rissa sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes.

—Cásate conmigo, Rissa —le pidió.

Rissa sentía el corazón latiéndole a toda velocidad. Sólo le quedaba hacerle pasar por la última prueba. En lo más profundo de sí misma, sabía cuál iba a ser el resultado, pero necesitaba hacerlo de todas maneras.

—Sí, Antonio. Sí, acepto —contestó besándolo.

Rissa se preparó para lo inevitable y se lanzó.

—Sí, Antonio... nos casamos y empezamos de nuevo. Voy a vender el palacio. Ya tengo comprador. Hablé con él ayer. Es lo mejor, ¿no te parece? Empezaremos de nuevo, lejos de aquí.

Tal y como había supuesto, Antonio la miró horrorizado y se apartó de ella.

—¿Antonio?

Antonio iba ya hacia la puerta.

—¿Has vendido mi... nuestra casa? —le espetó antes de salir.

Una vez a solas, Rissa se dejó caer en el suelo y lloró apesadumbrada. Todo había salido como había temido. Lo único que Antonio buscaba era su casa. A ella no la quería. En cuanto el objeto de su deseo se le había escapado, había pasado de ella.

Tay Spender se lo estaba pasando en grande.

No todos los días tenía uno la oportunidad de darle con la puerta en las narices a un millonario. Lo que le estaba permitiéndole hacerlo eran las instrucciones de una de sus dientas. El hecho de que esa dienta fuera una joven increíblemente guapa con una impresionante propiedad en Italia inclinaba la balanza inevitablemente del lado de Rissa.

—A ver si me he enterado, señor Michaeli-Isola —le dijo—. Me está pidiendo que ignore las instrucciones de mi cliente. ¿Y si no lo hago qué hará usted? ¿Me mandará a sus matones, me meterá la cabeza de un caballo en la cama o qué?

—No me insulte, señor Spender —contestó Antonio—. Yo no actúo así. He venido aquí a hacer una oferta perfectamente razonable.

—¿Le parece que pedirme que bloquee porque a usted le da la gana una transacción privada que ha hecho una mujer vulnerable es una petición perfectamente razonable? Por favor, váyase a casa y tranquilícese. Buenos días —lo despidió volviendo a estudiar los documentos con los que estaba ocupado antes de que aquel desconocido se presentara en su despacho sin avisar.

Antonio abandonó el bufete pensando que, efectivamente, Rissa tenía razón. En la vida, había mucho más que edificios. Si su familia había podido sobrevivir sin el palacio Tiziano, él también podría hacerlo.

Con lo que no iba a poder vivir era con su ausencia. Se había ido tan precipitadamente que no había pensado en las consecuencias de sus actos, pero ahora la echaba terriblemente de menos y no sabía qué hacer, porque Rissa no había contestado a sus correos electrónicos ni a sus mensajes telefónicos.

Cuanto antes volviera a Monte Piccolo, mejor,

porque la echaba tanto de menos que le dolía el cuerpo. Antonio era consciente de que, poco a poco, aquella necesidad que tenía de estar cerca de ella había ido reemplazando a su sed de venganza. Aquello era...

Antonio tuvo que pararse en seco en mitad de una acera de Nueva York, porque había comprendido de repente que aquello era amor.

Rissa se quedó mirando cómo la última furgoneta de los albañiles salía del palacio y se acordó de Antonio con lágrimas en los ojos.

Desde que se había ido, había soñado con correr tras él, con escuchar los mensajes que le había dejado y con leer sus correos electrónicos, pero no lo había hecho porque no quería sufrir más, porque no quería más mentiras.

Antonio la había engañado, le había robado el corazón para meterse en su cama y, a pesar de que lo sabía, lo seguía amando, así que lo único que podía hacer era desaparecer para poder lamerse las heridas con tranquilidad.

Cuando Rissa vio que el Ferrari de Antonio se aproximaba, se escondió.

Había decidido irse y ya tenía el equipaje hecho. Las ventas en el mercado habían ido bien y ahorrando mucho había conseguido pagar un billete a Inglaterra.

Rissa se dijo que aquello no era una huida y, tras tomar su pasaporte, lo metió en el bolso y bajó al vestíbulo.

Tras mirar a su alrededor como si fuera la última vez, soñó durante unos instantes con cómo podrían haber sido las cosas. Al salir de casa por la puerta de atrás, se llevó las llaves de Antonio, que solían estar escondidas en una maceta.

No quería que Antonio creyera que, como ella no estaba, podía tomar posesión del palacio. Rissa estaba decidida a privarlo de aquel placer.

Rissa abandonó Monte Piccolo en taxi, diciéndose que se iba con el orgullo intacto. De haberse quedado, de haber visto a Antonio una vez más, seguro que no le habría quedado ni eso.

Desde el taxi, vio cómo desaparecían Antonio y el palacio de su vista, pero no de su corazón.

Capítulo 12

RISSA llegó a casa de sus padres adoptivos, que la recibieron muy contentos de volver a verla y le hicieron sentirse una persona querida de nuevo. Tras un buen rato charlando, Rissa logró convencerlos para que la dejaran salir a comprar algo al supermercado.

Sus padres habían insistido para que se quedara en su habitación y no se fuera a un hotel y Rissa había aceptado encantada. De todas maneras, no quería ser una carga para ellos, pero la cosa ya había empezado mal porque, aunque ella había insistido en pagar la compra, sus padres le habían dado dinero y una lista para que comprara todos los productos británicos que sabían que le gustaban.

Rissa tenía otras razones para querer salir de casa de sus padres. De camino al supermercado, tendría que pasar por la biblioteca, lo que le daría oportunidad de consultar en Internet y buscar información sobre AMI Holdings, pues quería cerciorarse de que Antonio era tan malo como ella creía.

Se había sentado ante el ordenador y estaba tecleando el nombre de la empresa cuando sintió una presencia a sus espaldas y se giró con una sonrisa para explicarle al bibliotecario lo que estaba buscando.

—¡Antonio! —exclamó horrorizada.

—Sí —contestó él, que iba sin afeitar y con ojeras.

—¿Cómo me has encontrado? No le dije a nadie en Monte Piccolo adónde iba.

—Tengo mis recursos.

El hecho de que aquel hombre la hubiera seguido por media Europa y no la dejara a solas para lamerse las heridas la enfureció.

—¿Acaso tienes una red internacional de espías? Ya sé que has ido a ver a mi abogado y ahora te presentas aquí para agobiarme a mí.

—Tus padres son los únicos Silverdale que vienen en la guía.

—Ya... ¿y cómo es que has llegado tan rápido?

—He venido en mi avión privado —contestó Antonio con naturalidad.

—No me impresiona su dinero, señor Isola —le espetó Rissa.

—Si nos vamos a poner en plan formal, creo que deberías saber que mi apellido completo es Michaeli-Isola.

—¿Michaeli? —se extrañó Rissa—. ¡Ese apellido está por todas partes en mi casa!

—Eso es porque la familia Alfere le arrebató el palacio a la mía, los Michaeli-Tiziano —le explicó Antonio.

De repente, Rissa comenzó a comprenderlo todo.

—Por eso quieres el palacio, por eso estabas dispuesto a trabajar gratis. Claro, con todo el dinero que tienes... probablemente, como dueño de AMI Holdings, ganarás más dinero mientras duermes que una persona normal trabajando durante un año entero —le recriminó.

—El dinero no significa nada.

Rissa se quedó mirando aquellas manos callosas y bronceadas que tanto habían trabajado en su casa, se estremeció al recordar lo que habían hecho en su cuerpo y tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder contestar.

—Te podría servir para impresionar a las mujeres.

—Sí, pero contigo no lo he intentado en ningún momento, ¿verdad que no?

Dicho aquello, se quedaron mirando a los ojos durante un buen rato.

—Tengo que terminar esto y me vuelvo a casa, señor Michaeli-Isola.

—¿Qué estás haciendo?

—Estaba buscando información sobre tu empresa para saber lo que queréis hacer con el palacio, quiero decir para ver si sois lo suficientemente sinceros como para ponerlo en vuestra página web.

Antonio agarró el ratón del ordenador y se colocó en la barra las direcciones.

—¿Has buscado el apellido Michaeli?

—No me ha dado tiempo de hacer nada —contestó Rissa suponiendo que Antonio le había arrebatado el ratón para impedir que siguiera adelante con su búsqueda.

Sin embargo, Antonio había escrito Michaeli-Tiziano y los resultados de la búsqueda ya estaban apareciendo.

—Te advierto que no es una lectura agradable.

—¿No preferirías que no lo leyera?

—No, al contrario. Si hubiera sido sincero contigo desde el principio, nada de esto habría ocurrido. Lo que tendría que haber hecho habría sido acudir a las autoridades italianas para que requisaran el palacio. El caso de la restitución a mi familia está tan fundamentado en la ley, que no habrías podido hacer nada en contra.

Rissa lo miró con incredulidad.

—Te aseguro que, al principio, quise hacer las cosas por las buenas. Si hubiera ido con una sentencia judicial por delante, me habrías odiado - le explicó.

—¿Por qué estás tan seguro de que mi casa es tuya? La familia de Luigi estaba muy orgullosa de sus propiedades. Supongo que la disputa por el palacio debe de venir de muchos siglos atrás. A mí nunca me contaron nada al respecto —dijo empezando a sospechar.

Rissa pensó en Livia y en todas sus indirectas. Antonio parecía completamente convencido de que era el propietario por derecho del palacio, pero Luigi se había mostrado siempre muy orgulloso de su linaje.

¿Cómo era posible que Antonio quisiera recuperar una propiedad que le había arrebatado otra familia hacía tantísimos siglos? Debía de estar loco.

Rissa se quedó mirando mientras Antonio abría una página y le indicaba que leyera. Rissa leyó en silencio y se fijó en la fotografía en blanco y negro que acompañaba el documento. Había sido hecha en los escalones de entrada de su amado y nuevo hogar y en ella se veía a una mujer alta y guapa del brazo de un hombre grueso de traje. Había niños por todas partes y personal de servicio uniformado detrás de ellos.

—¡Esa mujer es exactamente igual que mi suegra! —se sorprendió Rissa—. La condesa Laura me hizo la vida imposible mientras estuve casada con su hijo —recordó apenada—. Pero entonces... esta fotografía

no es de hace mucho tiempo... tal vez de la Segunda Guerra Mundial... —reflexionó leyendo el pie de la fotografía—. «El señor y la señora Alfere aceptan las llaves del palacio Tiziano, recompensa que la agradecida nación de Italia les hace por los servicios prestados» —leyó—. Entonces, éstos deben de ser los padres de Laura, los abuelos de Luigi...

—La familia de tu marido acusó a la mía de colaboración con los partisanos, pero mi abuela consiguió escapar y terminó en Nápoles. Llegó allí sin nada, sólo con la ropa que llevaba puesta, y tuvo que abrirse camino como pudo —le explicó Antonio—. Jamás tuvo dinero para volver a su palacio ni para llevar el caso a los tribunales. Tu suegra fue la única niña que sobrevivió —añadió señalando la fotografía—. Mi abuela siempre estuvo pendiente de lo que pasaba en Monte Piccolo y fue así como se enteró de que la familia Alfere estaba tan desesperada por conservar el nombre del palacio que obligaron al padre de tu marido a adoptarlo como propio.

—¡Y pensar que yo quería preservar su memoria! —se lamentó Rissa.

—Mi madre nació en Nápoles y nunca quiso saber nada de su pasado, pero a mí siempre me encantó que mi abuela me hablara de Monte Piccolo. Poco a poco, tomé la decisión de recuperar la propiedad de mi familia, pero el sueño nunca se hacía realidad. De repente, un día, leí que el último Alfere había muerto y pensé que había llegado mi oportunidad.

—¿Por qué no me contaste todo esto desde el principio, Antonio?

—No quería hablar mal de tu marido —contestó Antonio—. Al fin y al cabo, él nació mucho después de que su familia le arrebatara el palacio a la mía y no tuvo nada que ver en ello.

—¡Aun así, a partir de ahora, no quiero volver a saber nada ni de él ni de su familia! —declaró Rissa con vehemencia.

—¿Estás segura?

—Completamente —contestó Rissa.

Antonio se arrodilló ante ella.

—Cásate conmigo.

—Pero si tú lo único que quieres de mí es el

palacio —se lamentó Rissa.

Antonio le acarició las mejillas y Rissa se estremeció.

«Ahora me va a decir que no, que no es verdad, que solamente me quiere a mí. Me va a volver a mentir», pensó apesadumbrada.

—Sí, es verdad. Es cierto, no lo voy a negar. Desde que era pequeño y supe de las injusticias que tuvo que soportar mi familia por culpa de los Alfere, he querido recuperar el palacio. Es cierto que el palacio es lo que más he deseado en mi vida... hasta que te conocí a ti—confesó Antonio tomándola entre sus brazos y besándola con dulzura.

—¿Y entonces por qué te fuiste cuando te dije que había tomado la decisión de venderlo?

—Porque quería parar la venta —admitió Antonio—. Ahora comprendo que me equivoqué, pero quería pararla.

—¿Habrías pasado por encima de mí?

—En aquellos momentos, pensé que íbamos a necesitar un sitio en el que vivir cuando nos hubiéramos casado y para mí ese sitio, nuestro hogar ideal, era el palacio, que era mío por derecho y por herencia y tuyo porque lo quieres con todo tu corazón. Tu abogado no aceptó mi oferta, pero no importa porque puedo vivir sin el palacio Tiziano —sonrió mirándola con amor—. Siempre y cuando te tenga a mi lado, puedo vivir en cualquier sitio. Sólo te quiero pedir una cosa, Rissa.

—Lo que tú quieras.

—Por favor, retrasa la venta del palacio hasta que mi madre pueda ir a verlo. Ella siempre ha querido vivir el presente y no pararse a pensar en lo que podría haber sido, pero quiero que vea el lugar en el que sus padres fueron tan felices y en el que ella tendría que haber nacido. Quería comprar el palacio para darle una sorpresa —le confió.

—¿Me estás diciendo que estás dispuesto a desprenderte del palacio por mí? —exclamó Rissa.

—Por supuesto, aunque también te digo que me va a dar pena.

Rissa se quedó mirándolo a los ojos. Desde luego, si quería contarle la verdad, aquél era el momento perfecto, pero su mente estaba trabajando ya en una

idea más ambiciosa.

—Te pido perdón por haberme equivocado contigo, Antonio —le dijo ganando tiempo—. Debería haber confiado en ti. Espero que me perdones.

—No hace falta que me pidas perdón, lo único que quiero es que me contestes a la pregunta que te hice la última vez que nos vimos. ¿Te quieres casar conmigo?

—¡Oh, Antonio! ¡Por supuesto que me quiero casar contigo! —contestó Rissa.

Los demás usuarios de la biblioteca, que habían estado pendientes de todas y cada una de sus palabras, estallaron en aplausos.

Rissa anunció con elegancia que, como era la propietaria oficial del palacio hasta la medianoche del día de su boda, el banquete se celebraría allí.

Los padres de Rissa estaban muy preocupados porque no tenía nada elegante que ponerse y, además, no hablaban italiano, pero Antonio los tranquilizó diciéndoles que su madre hablaba inglés bastante bien y que, además, era capaz de hablar por todos si hacía falta.

Mientras tomaban té con pastas en la mejor habitación de la casa de los Silverdale, Rissa se percató de que su madre había puesto una bandeja para las pastas cuando lo normal era que las tomaran directamente del paquete y aquello le hizo fruncir el ceño.

Cuando su padre mojó la pasta en el té, su madre lo miró horrorizada, momento que Antonio aprovechó para hacer exactamente lo mismo.

—En mi casa, nos gusta comerlas así —dijo con inocencia.

Rissa tuvo que hacer un gran esfuerzo para no estallar en carcajadas.

Tanto Rissa como Antonio insistieron mucho en que querían una ceremonia sencilla, pero nadie les hizo caso. El día de su boda, el pueblo entero se presentó en la iglesia y la prensa los estaba esperando a la salida.

Cuando la ceremonia hubo terminado, sólo los invitados oficiales subieron al palacio. Era un día de otoño precioso y Livia y sus amigas habían preparado tal cantidad de comida y de bebida que la

celebración se alargó hasta el anochecer.

Mientras Livia agasajaba a los invitados, Antonio y Rissa se perdieron en el interior del palacio.

—Mira, te he comprado un regalo —dijo Antonio entregándole una funda una vez a solas en su habitación.

Al abrirla, Rissa comprobó que se trataba de su vestido preferido, el de terciopelo negro, aquél que había vendido meses atrás.

—¡Oh, Antonio! ¡Qué ilusión! —exclamó sinceramente—. Ven, yo también tengo un regalo para ti —le dijo—. Toma —añadió entregándole una caja de madera.

—Pero si ya me has regalado un ordenador portátil —protestó Antonio fijándose en el paquete que había sobre la cama—. ¿De dónde has sacado el dinero si todavía no se ha completado la venta del palacio?

—Con eso precisamente tiene que ver este regalo. Antonio, escúchame. Te he mentido. El palacio nunca ha estado en venta. Tenía que asegurarme de que de verdad me querías a mí y no el palacio, pero ahora me arrepiento de haberte puesto a prueba.

—Hiciste bien —le aseguró Antonio—. Soy yo el que te pide perdón por haberme comportado como lo he hecho. Te hice sentir insegura. Primero tu marido te destrozó la autoestima y yo estuve a punto de hacer lo mismo.

—¿Entonces aceptas mis disculpas?

—No tengo que aceptarlas porque no tienes por qué pedirlas —le aseguró Antonio besándola—. Venga, señora Michaeli-Isola, ayúdame a abrir este regalo para que podamos pasar a cosas más íntimas —sonrió—. Espero que no te hayas gastado demasiado dinero.

—No me ha costado nada —le aseguró Rissa abrazándolo por detrás.

Antonio abrió la caja y no dijo nada.

—¿Y bien? —le preguntó Rissa.

Antonio no contestó.

—¿Te gusta?

—No entiendo —contestó Antonio girándose hacia ella—. Son las escrituras de una casa.

—Exacto. Son las escrituras de esta casa, del palacio Tiziano. Ahora, es tuyo —sonrió Rissa—. La casa es tuya, las tierras son tuyas... y las

facturas y los problemas, también. Tal y como hemos dicho en la boda, en la pobreza y en la riqueza...

—¿Pero no lo ibas a vender? —le preguntó Antonio confuso—. ¿Has hablado con mis abogados y me lo has vendido a mí?

—No, en esta transacción no ha habido absolutamente ningún dinero de por medio. Es un regalo que yo te hago para que lo tengas contigo para siempre, sin ataduras —le aseguró Rissa dándose cuenta de que Antonio no estaba tan contento como ella había creído—. Parece que no te ha gustado mucho mi regalo. Lo siento. Cuando me pediste que me casara contigo, pensé que lo único que te interesaba era el palacio y pensé que necesitaba hacer algo para asegurarme de que me querías de verdad.

Antonio la interrumpió con un beso.

—No vuelvas a dudar de mí —le pidió—. Es cierto que, cuando nos conocimos, yo sólo pensaba en recuperar la casa de mi familia, pero luego me enamoré de ti y el palacio dejó de importarme. Habría dejado que lo vendieras sin decir nada, estaba dispuesto a hacer el equipaje y a seguirte al fin del mundo y ahora resulta que me regalas la casa de mis antepasados.

—Sí, este lugar que los dos amamos tanto.

Antonio la tomó de la mano y la llevó hacia la ventana. Desde allí, veían a los invitados celebrando su boda. De los olivos colgaban farolillos de colores y las rosas perfumaban el ambiente.

—Somos los últimos Michaeli-Tiziano —suspiró Rissa.

—No, eso no es cierto, señora Michaeli-Tiziano-Isola —contestó Antonio—. Yo no soy el último de mi linaje. Pretendo ser el primero de una nueva dinastía. Si no te importa, tendremos que construir una nueva ala en el palacio para albergar todos los retratos de nuestros hijos.

Aquello hizo reír a Rissa, que lo abrazó con fuerza. En aquellos momentos, lo único que necesitaba era la protección de su cuerpo.

—Ahora, ya no tendremos que preocuparnos por las maldiciones ni por los terremotos, porque ya hay un heredero legítimo en el palacio. Este palacio

seguirá en pie durante miles de años.

Fin.